

ZONA DE RUPTURA

LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

ZONA DE RUPTURA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 35.800 —1970

Printed, in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

«¿Existe acaso una grieta en la continuidad de nuestro ámbito espaciotemporal que lo rompe, de la misma forma que una fractura ósea provoca la discontinuidad de esta parte del miembro afectado por la lesión? Ello constituirá un notable descubrimiento, caso de que se pudiera hallar tal grieta o fractura, porque pondría en tela de juicio muchas teorías consideradas hasta ahora como inmutables artículos de fe.

»Esa grieta, fractura o falla, como quiera llamársele, caso de existir, provocaría una ruptura en la continuidad de nuestro universo, de tal manera, que a corta distancia, muy corta, pero al mismo tiempo a infinita distancia, tendríamos otro u otros mundos habitados o, si no habitados, al menos astros y planetas de características no sólo desconocidas sino inimaginables para nosotros.

»La paradoja que unas frases escritas anteriormente pueden entrañar, unos mundos situados a muy corta y a infinita distancia, queda explicado si se piensa que, para llegar a tales mundos, por los medios ordinarios de que hoy se dispone o de los que se dispondrán en el futuro, se necesitaría una cantidad de tiempo exorbitante, mientras que, encontrando esa fractura, el tiempo empleado sería ridículo, días, acaso horas tan sólo.

«Quienes puedan reírse de esta teoría, que recuerden los hombres de los buques «Pallas S.» y «Keir Cogan», desaparecidos en el último tercio del Atlántico Sur, sin dejar el menor rastro y sin que se haya encontrado un solo superviviente, como tampoco los acostumbrados restos de naufragio. ¿Y qué decir de los dos aviones de pasajeros que igualmente desaparecieron en una zona análoga a

la de los barcos citados? Tales desapariciones constituyen un misterio jamás desentrañado ni con posibilidades de serlo, pero que podría ser descubierto si mi teoría pudiera comprobarse…»

Mark Cynant no quiso terminar la lectura del artículo. Lanzó un bufido y tiró el diario a un lado.

—¡Qué tonterías! Pero ¡qué tonterías dicen algunos sabios!

Cynant estaba en su cámara de capitán, mientras el barco que mandaba se balanceaba suavemente, amarrado a uno de los muelles de Pensacola, Florida.

Más que barco de recreo, parecía comercial. Tratábase de un esbelto «schooner» de doscientas cincuenta toneladas, con aparejo de goleta de dos palos, y un motor auxiliar de ciento veinte caballos para las entradas y salidas de puerto. En el espejo de popa, en bruñidas letras de bronce, llevaba un nombre mítico: «Pandora».

—¡Estos sabios! —gruñó Cynant, mientras se disponía a encender un cigarrillo.

De repente sonaron pasos precipitados por la escalera que conducía a la cubierta. Unos nudillos llamaron apresuradamente a la puerta.

—¡Capitán, capitán! —sonó una voz con indudables tonos de premura.

—¡Entre, Bill! —ordenó Cynant.

La puerta se abrió. Bill Rawlins, contramaestre de la nave, penetró en la cámara con un diario en las manos.

—¿Ya conoce la noticia, capitán? —exclamó—. La señorita Tamara ha roto otra vez su compromiso matrimonial.

* * *

Mark Cynant desplegó su poderosa estatura al ponerse en pie. Era un hombretón de metro noventa, ochenta y cinco kilogramos de peso y ni una onza de grasa en el cuerpo. Tenía el pelo castaño y los ojos azules y, aunque nadie le había visto jamás envuelto en una pelea, se decía de él que podía abrir una puerta a puñetazos.

—A ver, Bill, déjeme leer esa noticia tan interesante —pidió.

Rawlins le entregó el periódico.

—Ella ha roto otra vez con su prometido y van siete —dijo—. ¿Sabe lo que significa eso, capitán?

Cynant pasó rápidamente la vista por los renglones escritos y luego se encaró con el contramaestre.

—Significa, exactamente, que hemos de tener alistada la «Pandora» para zarpar a cualquier hora del día o de la noche —contestó.

—Sí, señor, así es. Puede que tengamos la suerte de que no nos toque a nosotros. Yo rezaré a San Patricio para que así sea, porque si nos toca…

—¿Tan mal lo vamos a pasar, Bill? —sonrió el joven.

—No tiene usted idea de lo que puede hacer esa mujer a bordo. Yo hice una vez un viaje con ella en esta misma goleta y, créame, estuve a punto de estrangularla mil veces. De todas formas, espero que san Patricio oiga mis súplicas.

Cynant se echó a reír.

—Vamos, vamos, Bill; el león, o la leona, no es tan fiero como lo pintan —comentó jovialmente.

—Eso es lo que se dice, pero ella es una tigresa y una leona y un leopardo hembra y una pantera negra juntas en un solo animal de dos patas. Aunque quizá tengamos la suerte de que no nos toque a nosotros.

—Bueno, tiene su «B-747 Jumbo-Jet» privado, su yate de cien plazas para invitados más tripulación, otros aviones y dinero suficiente para comprar todo el pasaje de cualquier barco o avión que se le antoje. La «Pandora», a fin de cuentas, no es más que una simple goleta de dos palos, no muy cómoda ciertamente, al menos para los gustos de ella.

—La señorita Tamara tiene algo de bueno, a veces, y es que se le da un ardite, la comodidad, cuando se encuentra en circunstancias como ésta. Por otra parte, la «Pandora» no está tan mal, capitán; está montada con lujo y… ¡San Patricio, échanos una mano! —rogó el contramaestre fervorosamente.

—Bill, no se queje por adelantado. A fin de cuentas, es ella la que le paga su sueldo, nada bajo, ciertamente.

—Sí, pero lo sudaré. Y usted también, capitán, se lo profetizo. ¿Por qué no hará sudar ella a su marido?

—Porque no se ha casado todavía —sonrió Cynant—. A propósito, ¿cuántas rupturas ha tenido?

—Seis o siete, qué sé yo. Entre sus novios han figurado un

jugador de golf, un filósofo famoso, un pintor, un lama del Tibet, un banquero… No sé qué diablos le pasa a esa chica, que, en el último momento, cuando todo ya está listo, va y le da el pasaporte a su prometido.

Cynant meneó la cabeza.

—Eso sólo tiene una explicación, Bill. Dinero, demasiado dinero. Le sobra por los poros y por las puntas de todos sus cabellos. Y demasiado dinero engendra una clase de aburrimiento que no puede curar un simple matrimonio.

—Yo también lo creo así. Ella ha crecido díscola, soberbia, déspota… Ningún capricho le ha sido negado y pobre del que se atreviera a contrariar el menor de sus deseos. Por otra parte, es preciso reconocer que es valiente y osada; monta como un centauro y tira con formidable puntería. Pero ese carácter. Señor, ese carácter…

—Bueno, bueno, no hay para temer tanto a la señorita Potter-Hill, La «Pandora» está preparada para zarpar en cualquier momento, usted lo sabe bien, pero no creo que venga.

—¿Por qué, capitán? —preguntó Rawlins.

—Bueno, es una goleta que, prácticamente, sólo puede navegar a la vela y si ella quiere trasladarse rápidamente al otro lado del mundo, no va a embarcar en la «Pandora».

—Es probable, y san Patricio le oiga —dijo el contramaestre—. Pero no se fie, capitán; tengo el presentimiento de que esta vez nos va a abandonar la suerte.

—Lo que yo no entiendo es cómo no ha vendido todavía el barco —observó Cynant.

—Era de su padre y el señor Potter-Hill lo tenía en mucha estima. Solía usarlo de cuando en cuando y lo patroneaba él mismo. Le gustaba mucho navegar a la vela… y a ella no le iba a producir su venta un beneficio exorbitante.

—Sí, es cierto. Bueno, de todas formas, estamos preparados, Bill.

—Por cierto —exclamó el contramaestre—, voy a recoger el jeep que su secretaria particular encargó dispusiéramos a bordo la última vez que estuvo aquí. A veces, ¿sabe?, tocamos en lugares no muy habitados y conviene disponer de un vehículo.

—Desde luego, Bill, pero ¿cómo lo pagará? Yo no dispongo de fondos suficientes…

—Oh, ése no es problema, capitán. A un empleado de la señorita Tamara siempre se le da crédito. Sus administradores no dejan jamás impagada una factura.

Dicho lo cual, el contramaestre abandonó la cámara. Cynant volvió a pasar la vista por los titulares que anunciaban la ruptura del compromiso matrimonial de Tamara Potter-Hill con un tal John Perry.

Meneó la cabeza.

—Demasiado dinero, demasiado dinero —murmuró.

* * *

Mark Cynant estaba acodado en la borda, fumando pensativamente, mientras contemplaba los muelles sumidos en la amarillenta penumbra causada por una densa niebla, que acortaba grandemente la visibilidad. El suelo estaba brillante a causa de la humedad y el silencio, terminada la jomada de trabajo, era casi absoluto.

Pequeñas olas chapoteaban ligeramente contra los costados de la goleta. A lo lejos se oía la sirena de un barco que abandonaba prudentemente el puerto.

De repente, se oyó el rugido de un potente motor de automóvil. Unos faros hendieron la niebla.

Con agudo chirrido de frenos aplicados violentamente, el coche rojo, descapotable, se detuvo a pocos pasos del muelle. Una esbelta silueta saltó del vehículo y se dirigió resueltamente hacia la plancha.

Cynant salió al encuentro de la recién llegada. Tamara Potter-Hill venía envuelta en un chaquetón de piel y sujetaba sus negrísimos cabellos con un detonante pañuelo amarillo.

—¿Es usted el capitán de la «Pandora»? —preguntó.

Cynant se llevó la mano a la gorra de marino.

—En efecto, señorita Potter-Hill —contestó—. Mi nombre es Cynant, Mark Cynant, a sus órdenes.

—Gracias, capitán. Usted y yo no nos conocíamos, por lo visto.

—No había tenido ese honor hasta ahora, señorita.

—Tendremos tiempo de conocernos, capitán. Tenga la bondad de disponer que suban mi equipaje a bordo. Zarparemos

inmediatamente, si es que todo está dispuesto, como tengo ordenado.

—En efecto, señorita, todo está listo para levar anclas en cualquier momento. Sin embargo, ¿me permite una observación?

Tamara le dirigió una mirada llena de impertinencia.

—Hable, capitán —accedió.

—Ha venido usted sola…

—¿Tiene eso algo de particular?

—Bien, yo… Perdóneme, señorita, pero yo imaginé que traería consigo a su secretaria… o a una doncella…

—No las necesito, no necesito a nadie, capitán —declaró Tamara fríamente—. Sólo necesito a los miembros de la tripulación precisos para hacer navegar la «Pandora». ¿Entendido?

—Sí, señorita. Ahora mismo subiremos su equipaje a bordo. ¿Qué hacemos con el coche?

—No se preocupe, alguien vendrá a recogerlo. Y no es necesario que me acompañe hasta mi camarote; conozco bien el camino.

—Una última pregunta, señorita. ¿Qué rumbo?

—Norte… o Sur… o cualquiera, me es igual, con tal que me aleje de tierra. ¿Entendido, capitán?

Cynant volvió a saludar.

—A sus órdenes —contestó.

Detrás de él, Rawlins murmuró:

—San Patricio, ¿te has quedado sordo o qué?

CAPÍTULO II

La «Pandora» navegaba con quince grados de escora a babor, ciñendo con él todo el trapo desplegado una fresca brisa del Noroeste. La mar estaba rizada y la goleta, merced a sus finas líneas de agua, alcanzaba sin esfuerzos una velocidad de casi dieciocho nudos a la hora.

Cynant iba en la popa, junto al timonel de turno. La goleta disponía de una tripulación de nueve hombres contándole a él: contramaestre, motorista y seis marineros. Dado que los servicios del motorista no se necesitaban en alta mar, desempeñaba el papel de cocinero mientras navegaban.

Rawlins, el contramaestre, llegó a la popa.

Parecía preocupado.

—El barómetro sigue bajando, capitán —informó.

—Lo sé, Bill, y hasta es posible que bailemos un poco, pero estamos en una zona donde no son frecuentes los tifones.

—Este viaje no será afortunado —predijo Rawlins lúgubremente —. Pasará algo malo, ya lo verá, capitán.

—No sea agorero, Bill —gruñó el joven—. Usted es de los tipos que disfrutan quejándose de su suerte a cada momento.

—Hombre, tal vez yo sea poco optimista, pero… ¿se ha fijado usted en que llevamos seis días de navegación y ella no ha salido aún de su camarote?

—Está quebrantada moralmente. Hay que dejarla que se recupere por sí sola, Bill. Ya se le pasará.

—Sí, aunque a costa nuestra… Pero si hasta el mismo nombre de la goleta trae mala suerte. ¿No significa algo de una caja donde estaban encerrados muchos microbios y alguien los dejó escapar y nacieron todas las enfermedades?

Cynant se echó a reír ante tan pintoresca interpretación de un

hecho mitológico.

—No, Bill, los que estaban encerrados en la caja eran los males. Pandora la abrió y los males se escaparon, pero en el fondo quedó la esperanza.

—Bueno, para el caso, es igual, porque, a fin de cuentas, el que está enfermo, cuenta que el médico le sanará y… ¡ahí va, capitán; mire quién acaba de salir a la cubierta! —exclamó el contramaestre repentinamente.

Tamara acababa de abandonar su camarote. Caminó con paso firme hasta la borda y se agarró con una mano a los obenques del palo mayor, dejando que el viento agitara libremente su frondosa cabellera.

La joven vestía una liviana chaqueta de tejido azul fuerte y pantalones del mismo color. Un pañuelo blanco envolvía su garganta y las puntas flotaban al impulso de la brisa.

De pronto se volvió hacia el puente. El viento oprimió los ropajes contra su cuerpo, haciendo resaltar con mórbidas redondeces las turgencias del busto.

—Capitán —llamó.

Cynant abandonó el puente.

—Señorita Potter-Hill —saludó.

—¿Puede decirme cuál es nuestra situación?

Cynant la expresó en cifras. Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Hable según el mapa, lo entiendo mejor —pidió.

—Nos hallamos en estos momentos a la altura del Brasil, Pernambuco, más exactamente, pero a mil doscientas millas de la costa.

—Gracias, capitán.

—¿Algo más, señorita?

Tamara le dirigió una mirada crítica.

—Usted es un hombre joven, no como el anterior capitán Browning que ya rondaba los sesenta años. Parece que su porvenir estriba mejor en un buque de carga o de pasajeros que no en mandar una simple goleta de recreo —dijo.

—Me ofrecieron el empleo y es bueno y bien pagado. Además, y esto es lo importante, me gusta mucho la navegación a vela, señorita.

—Entiendo. Eso es todo, capitán.

Cynant se retiró. En el puente, Rawlins, con voz muy baja, le preguntó:

—¿Ha sacado ya las uñas?

—Las está afilando solamente —sonrió el joven.

* * *

Tres días después, el tiempo empeoró súbitamente. Cayó un fuerte chubasco y el viento agudizó su fuerza.

Cynant hizo recoger todas las velas, a excepción de un par de foques y la cangreja del mayor, que dejó con un par de rizos. La «Pandora» cabeceaba pesadamente y sufría fuertes balanceos, mientras las olas salpicaban con frecuencia la cubierta.

La baja del barómetro se acentuaba. Cynant era hombre prevenido e hizo que el motorista se presentara en cubierta.

—¿Señor? —saludó Tony Sánchez.

—Revise el motor. Téngalo en condiciones. Podemos necesitarlo en cualquier momento. El mal tiempo se acentúa por momentos.

—Descuide, señor; en el momento que lo necesite, el motor funcionará a la perfección.

Cynant hizo reforzar las amarras de todo lo que había en cubierta, en especial los botes salvavidas. Personalmente no le disgustaba la situación; correr una tormenta a bordo de un buque de vela era, para él, una aventura excitante y llena de atractivos.

Pero lo lamentaba por los otros, a quienes, tal vez, no podía gustar aquella situación. A fin de cuentas, eran sencillos marineros que vivían sus vidas del modo más plácido posible y para quienes una tempestad en alta mar podía ser fuente de preocupaciones sin cuento.

Tamara subió al puente, envuelta en un chubasquero.

—¿Cuáles son sus impresiones, capitán? —preguntó a gritos, para hacerse oír entre los chillidos del viento.

—Poco satisfactorias, señorita. Vamos a bailar de lo lindo. ¿No se mareará usted?

Ella hizo un gesto negativo.

—He corrido temporales peores que éste —contestó—. ¿A qué distancia estamos de la costa más próxima?

—A casi dos mil millas de las Malvinas. Estamos dejándolas

atrás con gran rapidez.

—Sería cosa de virar de bordo, ¿no cree? De lo contrario, acabaremos llegando al Polo Sur.

—En todo caso, habrá que esperar a que amaine el temporal. El motor tiene poca potencia y virar de bordo en estas condiciones resultaría peligroso. El barómetro sigue bajando, ¿comprende?

Ella asintió. La goleta acometió una ola de seis o siete metros de altura y se empinó pesadamente, para caer con gran chapoteo. El viento silbaba agudamente y hacía gemir los cordajes con sonidos casi musicales.

Cynant levantó la vista al cielo. Las nubes, muy bajas, negras, corrían amenazadoras, adoptando cambiantes formas a cada momento.

Otra ola hizo bailar fuertemente a la goleta, cuyo casco emitió un crujido lastimero. Cynant torció el gesto.

* * *

Doce horas más tarde, la tormenta estaba en pleno apogeo.

Olas de diez y más metros de altura sacudían a la goleta como un simple cascarón de nuez. La «Pandora» navegaba ahora a palo seco, movida únicamente por el motor a un mínimo de revoluciones, lo justo para permitir la acción del timón.

Las olas se habían llevado los botes de los pescantes. En el interior de la nave había una tremenda confusión.

Cynant gobernaba el timón personalmente. Le dolían los brazos a fuerza de aguantar la rueda durante largas horas.

Un micrófono, especialmente instalado, le comunicaba con el motorista. Sánchez daba o quitaba revoluciones a la máquina, según sus instrucciones.

Faltaba parte de la borda. Las escotillas habían debido ser reforzadas, a fin de evitar que las destrozara la furia del temporal. A pesar de tener todas las velas aferradas, los palos se curvaban peligrosamente, amenazando con romperse en cualquier momento.

Tamara apareció de pronto en cubierta.

—¡Vuelva a su camarote! —aulló Cynant.

Ella no le oyó y subió al puente.

—¡Esto se pone feo, capitán! —gritó.

—Vuelva a su camarote —insistió él—. Si se queda aquí, corre peligro de ser arrastrada por una ola.

—El espectáculo es magnífico. No quiero perdérmelo, capitán.

Una ola rompió contra la proa con tremenda fuerza. Por un momento, pareció que la «Pandora» se iba a sumergir, pero luego surgió de entre las espumas victoriosamente.

—¡Resiste, capitán, resiste! —gritó Tamara con alborozo.

De repente, se oyó un espantoso crujido.

La goleta escoró fuertemente. Cynant lanzó un alarido a través del micrófono:

—¡Todos a cubierta! —gritó—. Traigan hachas y cuchillos; el trinquete se ha roto. Es preciso lanzarlo al mar inmediatamente o hará volcar el barco. ¡Tony, cincuenta revoluciones más, rápido!

Cynant hizo girar la rueda una vuelta casi completa. A pesar de todo, el peso del trinquete, caído de través hacia babor, causaba una tremenda inclinación a la nave.

Toda la borda de aquel lado estaba sumergida en el mar. Rawlins y sus hombres, armados con hachas y cuchillos, aparecieron rápidamente y empezaron a cortar los cordajes que sujetaban al palo roto a ras de la cubierta.

La operación tuvo éxito y la goleta se enderezó, pero, casi en el mismo momento, una ola gigantesca la acometió por la aleta de estribor.

—¡Cuidado, agárrense! —gritó Cynant, pero su voz fue ahogada por el fenomenal impacto de aquella colosal masa líquida.

El barco fue sacudido espantosamente. Tamara cayó, pero Cynant, reaccionando con enorme rapidez, la agarró con una mano, mientras que con la otra sujetaba la rueda.

Los imbornales desalojaron el agua caída sobre la cubierta. Una figura se levantó, patéticamente solitaria, y extendió los brazos con dramático ademán. La voz del contramaestre Rawlins llegó claramente hasta el puente, por encima de los alaridos del viento y del gemir de los cordajes:

—¡Seis hombres al agua, señor!

Cynant se quedó anonadado durante un instante. Así, pues, sólo quedaban cuatro personas a bordo de la maltrecha «Pandora»: él, Tamara, Rawlins y Tony Sánchez, el motorista.

CAPÍTULO III

Tamara lanzó un gemido de horror. Un súbito bandazo de la goleta obligó al contramaestre a agarrarse a unos cabos para no ser lanzado también al mar.

Pero, de repente, un oscuro rugido se oyó a lo lejos.

Cynant vio una cosa que surgía repentinamente de la alborotada superficie del mar, sin que pudiera precisar la distancia. Los cabellos se le erizaron al comprender la verdad.

—¡Dios nos asista! ¡Una tromba marina!

Tamara, a su lado, le contemplaba angustiosamente, sabiendo que de las decisiones de aquel hombre podía llegar su salvación, A trompicones, el contramaestre llegó al puente.

—Capitán —gritó—, tiene que hacer algo para salv…

Cynant no le contestó. Tenía la vista fija en la bitácora.

—¡La brújula está loca! —exclamó.

Tamara arrojó una mirada al compás. La aguja giraba vertiginosamente, ora a un lado, ora al otro, sin marcar ningún rumbo definitivo.

El viento y las olas empujaban a la embarcación hacia aquella cosa que había surgido del fondo del mar con un rugido aterrador, aunque no muy fuerte, debido a la distancia. De repente, lo que parecía ser una tromba marina se extendió rapidísimamente a ambos lados, formando como un telón de lechosa blancura que parecía no tener fin en todos los sentidos.

La agitación del mar se calmó en unos pocos segundos. Un minuto después de haber visto aparecer aquel extraño fenómeno, el viento y las olas se habían calmado por completo.

Cynant estaba pasmado.

—Confieso que no he visto jamás nada semejante —declaró.

El mar estaba casi por completo calmado, con olas rizadas que

no alcanzaban medio metro de altura. Sin embargo, el sol resultaba invisible a causa de la espesa capa de nubes que teman sobre sus cabezas.

El motor auxiliar seguía funcionando y propulsaba a la goleta hacia aquel telón de color casi blanco. Tamara volvió la cabeza un instante y vio algo que le hizo prorrumpir en una exclamación:

—¡Miren! ¡La tempestad no se ha calmado!

Cynant y Rawlins volvieron la cabeza y contemplaron un espectáculo totalmente insólito: el mar, tremendamente alborotado, con olas de diez y más metros de altura, revuelto en una espantosa tempestad a menos de mil metros de distancia.

Las olas parecían chocar contra un muro invisible y se calmaban, dejando una zona libre de turbulencias, en cuyo interior se hallaba la «Pandora». Cynant observó que en aquel sector no se movía la más ligera brisa.

Un ruido extraño llegó en aquel momento a sus oídos.

—¿Qué es eso, capitán? —preguntó Tamara.

Cynant no contestó. Trataba de identificar el origen del sonido.

El motorista asomó la cabeza por la escotilla de su departamento.

—¿Paro el motor, capitán? —consultó.

—No, Tony, manténgalo al mínimo de revoluciones —dispuso Cynant.

El ruido aumentaba de volumen gradualmente. Cynant advirtió que, pese a no disponer de puntos de referencia, iban acercándose poco a poco a aquel extraño muro cuya naturaleza resultaba completamente desconocida.

—Capitán, es preciso virar de bordo —sugirió el contramaestre.

—¿Y enfrentamos con el temporal? Aquí no hay peligro, Bill; el motor funciona perfectamente y el timón responde, así que seguiremos adelante hasta ver qué es ese telón que tenemos ahí enfrente.

—¡Bien dicho, capitán! —aplaudió Tamara.

De pronto, Cynant se dio cuenta de que la goleta había aumentado de velocidad.

—Tony, le dije que mantuviera el motor a un mínimo de revoluciones —exclamó, a través del micrófono.

—Ya lo hago, capitán; está a ciento veinte tan sólo —respondió

el motorista.
Cynant se quedó perplejo.
—Entonces, ¿qué es lo que nos empuja? —exclamó.
De pronto, Tamara extendió la mano.
—¡Miren, el palo trinquete va por allí! ¡La corriente lo arrastra y nos va a rebasar!
Era cierto. El mástil tronchado se veía a unos sesenta metros de distancia, flotando sobre las aguas y desplazándose sobre las mismas a una velocidad superior a la del «schooner».
Cynant estaba desconcertado por completo. Era testigo y actor de una serie de fenómenos jamás presenciados por él antes de aquellos momentos. Y aquel raro sonido continuaba aumentando de volumen.
—Disminuya la velocidad, capitán —pidió Tamara—. Ordénele a Tony que ponga el motor en reversa.
Cynant sacudió la cabeza.
—Por ahora no corremos peligro —contestó.
El mástil roto se perdió de vista en pocos momentos. Cynant quiso consultar la corredera, pero el aparato no le suministró ninguna información acerca de la velocidad de la nave.
El ruido se hizo atronador casi de repente. Al fondo, se elevó algo que parecía nubes de espuma que brotaban de un lugar situado a gran profundidad.
Cynant abrió la boca de par en par. A ambos lados de la goleta, las aguas se deslizaban con vertiginosa rapidez.
—¡Una catarata! —dijo.
—¿Está soñando, capitán? —le apostrofó Tamara—. ¿Cómo puede haber una catarata en pleno Atlántico Sur?
Pero el ruido resultaba ahora inconfundible. Rawlins hizo la señal de la cruz y dijo:
—San Patricio, me fallaste una vez; no me falles la segunda.
Ahora la goleta se deslizaba a toda velocidad. El viento silbaba agudamente en los oídos de las tres personas que estaban en el puente.
Alarmado, Tony llamó desde la cabina del motor:
—¡Capitán! ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que nos impulsa a tanta velocidad?
—No lo sé, Tony; es un fenómeno completamente desconocido

para nosotros. Prevéngase para dar marcha atrás a toda la potencia del motor cuando yo se lo ordene.

—Sí, señor.

De repente, Tamara lanzó un grito agudísimo:

—¡La catarata! ¡Está a la vista ya!

* * *

Cynant se sentía abrumado.

En todo cuando alcanzaba su vista, a ambos lados, sólo se veía una inmensa masa de agua que se desplomaba en un desconocido abismo, produciendo un sonido ensordecedor, que martirizaba dañinamente los oídos. A pesar de la poca elevación del puente sobre las aguas, podía verse con toda claridad el principio de la catarata.

—¡Marcha atrás, marcha atrás! —rogó Tamara.

Rawlins estaba como hipnotizado, inmóvil. Cynant meneó la cabeza.

—Imposible —contestó.

La goleta avanzaba ahora a gran velocidad, arrastrada por la irresistible potencia de las aguas. Las nubes de espuma pulverizada se elevaban del invisible fondo de la catarata, pero aquel extraño telón lechoso impedía ver lo que había al otro lado.

«El fin se acerca», pensó Cynant, sintiendo en uno de sus brazos la presión de las manos de Tamara.

Ahora ya veían con toda claridad el borde de la catarata. Arrastrada por la fuerza de la corriente, la goleta se precipitó al desastre.

En el último instante, Cynant divisó una caída de agua que parecía no tener fin a ambos lados. Después, lanzada como un gigantesco proyectil, la goleta saltó al vacío.

Tamara ocultó la cara en el hombro del joven para no ver su fin. El ruido, en el momento del salto, se hizo indescriptible.

Pero la goleta no cayó.

Siguió hacia delante.

¿Volaba?

Cynant miró hacia abajo durante una fracción de segundo y entrevió un hondísimo precipicio, que no parecía tener fin y del que

se elevaban las nubes de finísima espuma. Luego, de repente, todo se hizo gris.

Los ruidos cesaron.

Tamara separó su cara del cuerpo de Cynant.

—¿Dónde estamos? —preguntó, absorta.

La goleta parecía flotar en el aire. Estaban envueltos por una masa de color gris muy claro, en cuyo seno no se movía la menor brisa. A pesar de hallarse en una latitud muy baja, la temperatura era más bien calurosa.

Tamara se despojó del chaquetón impermeable. El contramaestre no salía de su asombro.

—¿Dónde estamos, capitán?

Pero Cynant no contestó, porque no lo sabía.

Tony apareció en cubierta, lleno de temor.

—Capitán… —y no se atrevió a seguir hablando.

Tamara corrió hacia la borda y se inclinó fuera.

—¡No hay mar por debajo de nosotros! —chilló, asustada—. ¡Estamos flotando en el aire!

Y la goleta seguía navegando, en apariencia a gran velocidad.

Cynant soltó la rueda un instante. El timón no se movía en absoluto.

Tamara regresó junto a él.

—Capitán, ¿es que no va a encontrar ninguna explicación para este fenómeno? —preguntó.

—Eso es lo que yo quisiera, señorita —respondió él—. Pero jamás me había ocurrido una cosa semejante.

La joven se puso ambas manos en las sienes.

—Si esto sigue así, creo que me voy a volver loca —dijo.

—¿Qué marca la brújula, capitán? —preguntó Rawlins.

—Nada, Bill; la aguja sigue dando vueltas locamente.

El silencio era absoluto. No se percibía otro sonido que el de sus propias voces. Ni siquiera se oían los clásicos ruidos de los cordajes al pasar el viento entre ellos o algún ocasional crujido de la tablazón.

Cynant abandonó la rueda un instante y se asomó por la borda, en la popa.

Debajo de él sólo había una difusa claridad, que no impedía, en absoluto, ver nítidamente el casco de la goleta, el aire y ya seco. Era

algo incomprensible, enloquecedor.

De repente, sucedió algo extraño.

—Parece que perdemos velocidad —dijo Rawlins.

—¡Miren! —gritó Tony—. Parece que la claridad se acentúa.

Hacia la proa, aquella pared de color lechoso daba la sensación de adelgazarse. Sí, se veía una luz al otro lado y también parecía que la goleta disminuyese su veloz marcha.

—Sujétense bien —recomendó Cynant—. No sabemos adonde vamos a ir a parar y pudiéramos sufrir un choque violento.

Por fortuna, todos llevaban puestos los chalecos salvavidas. Pero el joven pensó que ni esto había sido suficiente para salvar a los seis desdichados arrebatados de la cubierta por aquel formidable golpe de mar.

De súbito se vio un vivo resplandor.

—¡El sol! —gritó Rawlins.

Casi en el mismo momento, se oyó un sonoro chapoteo. La goleta dio un par de tremendos bandazos, casi sumergió la proa en el mar, se empinó después y, al fin, poco a poco, se estabilizó, flotando en una masa líquida brillantemente iluminada por un sol de radiante luz.

—¡Flotamos! —exclamó Tamara con júbilo.

CAPÍTULO IV

Tamara estaba al timón. La goleta navegaba impelida por una fresca brisa que la hacía escorar ligeramente.

Los hombres se habían dedicado a reparar los desperfectos causados por la tormenta. Cynant había conseguido levantar un mástil de fortuna, en lugar del trinquete, al cual había aferrado dos foques cortos. Con éstos y las velas del palo mayor, la goleta se movía sin la menor dificultad, aunque a una velocidad más reducida que en condiciones normales.

El contramaestre llegó de pronto al puente.

—Yo me haré cargo de la rueda, señorita —dijo—. El capitán la espera a usted en su cámara.

—Bien —contestó Tamara.

Agitó la cabeza un poco para sacudir el pelo. Dada la excelente temperatura que reinaba, Tamara vestía una liviana blusa y pantalones cortos.

Arriba, en la cruceta del palo mayor, Tony haría de serviola, provisto de un par de prismáticos. Tamara bajó las escaleras y abrió la puerta de la cámara del capitán.

—Hola —saludó—. ¿Alguna novedad?

—Siéntese, por favor —invitó Cynant—. ¿Café?

—Confieso que no me sentaría mal una taza —sonrió ella—. Pero permítame que le diga que le observo algo preocupado.

——Bastante —puntualizó él, mientras llenaba la taza de café—. Debe conocer la situación tal cual es… que, por desgracia, no tiene nada de agradable.

Tamara tomó la taza que le ofrecían. Cynant se sentó frente a ella.

—Hace cuatro días que ya navegamos por un mar completamente desconocido, en el que no hemos visto ningún otro

barco. Asimismo nuestras llamadas de radio no han recibido contestación alguna.

—Todo eso lo sé, capitán. ¿Qué más, por favor?

Cynant tomó un sorbo de café.

——En estos cuatro días —continuó—, hemos reparado los desperfectos causados por el temporal, si bien es cierto que nos hemos quedado sin botes y sin uno de los mástiles. Dentro de la goleta ha habido algunas roturas, pero esos daños no son irreparables. Hay agua, víveres y combustible en abundancia y el casco se halla en magníficas condiciones. Por ese lado, pues, no debemos preocuparnos, pero…

Tamara se inclinó ansiosamente hacia delante.

—Pero ¿qué, capitán?

—Desconozco nuestra posición —dijo él sin titubeos—. He intentado fijarla por medio del sextante durante el día y buscando las estrellas durante la noche. No he conseguido ningún resultado práctico, a salvo uno que me da miedo expresarlo. Con franqueza, ignoro dónde nos encontramos.

—Pero estamos flotando sobre el mar —alegó ella.

—Indudablemente. Lo que sucede es que no sé si yo me encuentro en mi sano juicio o ha ocurrido una catástrofe de proporciones incalculables. Por eso dije antes que me da miedo expresar el resultado de mis observaciones.

—Vamos, capitán, usted no es un chiquillo —le animó Tamara —. Hable sin temor. ¿Cree que me voy a desmayar si escucho la verdad?

—¿Acaso sé yo si digo la verdad?

Hubo un momento de silencio. Tamara le miraba fijamente.

—¿Y bien? —dijo ella al cabo.

—He localizado algunas constelaciones, en especial las dos Osas. Pero las veo completamente invertidas de como las veía antes. Lo raro, además, es que no debería verlas, puesto que nos hallamos en el hemisferio Sur. Pero las he visto y no me cabe duda acerca de su identificación.

—¿Quiere decir… que las ha contemplado como a través de un espejo?

—Exactamente.

—Entonces, ¿dónde estamos, capitán? ¿Qué ha pasado en

nuestro planeta? ¿Se ha producido alguna espantosa catástrofe?

Cynant enseñó las palmas de sus manos.

—Yo me he formado una teoría… pero me da más miedo expresarla todavía que lo que he dicho antes —contestó.

Tamara se puso pálida.

—¿Estamos perdidos? —preguntó.

—Probablemente, en un planeta que no es el nuestro —contestó él.

Tamara puso los codos en la mesa y hundió la cara en las manos.

—Oh, no, no —murmuró—. Sería demasiado fantástico… Resulta imposible de creer… Sus observaciones han debido de ser falseadas por algún estado particular de la atmósfera…

Rawlins y Tony también vieron las dos Osas al revés —contestó Cynant, implacable.

—¿Entonces…? —dijo Tamara con voz débil.

Cynant no tuvo tiempo de contestar. De la cruceta del palo mayor, descendió la jubilosa voz de Tony:

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista!

* * *

La goleta navegaba suavemente en el atardecer. La costa se veía a unos tres mil metros de distancia.

—Fondearemos aquí —decidió Cynant, tras reflexionar un poco —. No conocemos esa costa y tampoco hemos visto señales de vida en todo el día.

—Puesto que no hemos divisado ningún puerto o embarcadero, estimo que su decisión es acertada, capitán —dijo Tamara.

—Mañana, al amanecer, buscaremos un fondeadero. La sonda indica setenta metros de profundidad, lo que es más que suficiente para echar el ancla, ¡Bill, Tony!

Los dos nombrados acudieron en el acto.

—Hay que arriar las velas —dijo Cynant—. Después lanzaremos el ancla. Permaneceremos aquí hasta el amanecer.

—Bien, capitán.

Minutos más tarde, la goleta se había detenido por completo. Un suave oleaje le proporcionaba un apenas perceptible balanceo.

Cenaron con buen apetito. Al terminar, ya era de noche cerrada.

Entonces, Tamara comprobó por sí misma que las dos Osas se veían en el cielo, pero en posición diametralmente invertida a como se divisaban con anterioridad.

—¿Qué ha ocurrido aquí, que ha trastocado el firmamento por completo? —se preguntó.

De pronto, divisó un débil resplandor hacia el horizonte marino.

—¡Va a salir la luna! —gritó.

Cynant corrió al puente.

—Bueno, alguna vez tenía que suceder —sonrió—. Estaría en menguante durante los días anteriores.

Un disco de plata se elevó lentamente hacia el cielo. A los pocos minutos, se vio otro resplandor aproximadamente en el mismo sitio,

—¿O… otra luna? —balbució Tamara.

Un segundo astro resplandeciente inició su carrera nocturna hacia las alturas. Apenas se había elevado unos grados sobre el horizonte, se divisó un tercer resplandor, análogo a los anteriores.

Otro satélite se hizo visible. De pronto, Cynant lanzó un grito:

—¡Ninguno es la luna! ¡Son algo más pequeños que nuestro satélite!

Tamara se sentía desfallecer.

—Entonces… es cierto que no estamos en la Tierra…

Rawlins y el motorista estaban aterrados.

—¿Adónde hemos ido a parar, capitán?

—¿En qué mundo nos encontramos, señor?

Cynant calló unos instantes. Luego, como si hablara consigo mismo, dijo:

—¿Serán ciertas las teorías del profesor Lawrence?

—¿A qué se refiere usted, capitán? —preguntó Tamara.

—Venga a mi cámara, por favor —rogó él—. Bill, Tony, vigilen atentamente. Estamos en un país desconocido, y no quisiera llevarme una sorpresa desagradable.

Cynant y Tamara descendieron a la cámara del primero. El joven hurgó en su escritorio y, al fin, encontró algo que entregó a Tamara.

—La verdad, no sé por qué lo conservé —dijo—. Lea atentamente, se lo suplico.

Tamara se sentó en un sillón. Cynant encendió un cigarrillo y aguardó a que ella hubiera terminado su lectura.

Minutos después, Tamara alzó la vista y le miró fijamente.

—Capitán, ¿hemos atravesado esa línea de fractura de que habla el profesor Lawrence? —preguntó.

—A la vista de los acontecimientos, debo contestar honradamente que eso es lo que ha sucedido —replicó Cynant sin el menor titubeo.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella consultó:

—¿Cree que debemos decírselo a Bill y a Tony?

—Nadie debe permanecer ignorante de la verdad —contestó él —. Las circunstancias son demasiado graves para afrontarlas sin un conocimiento exacto de nuestra situación.

—Sí, es cierto —convino Tamara. De repente, se estremeció—. Capitán, nos hallamos en un mundo remotísimo, que no es el planeta en que hemos vivido hasta ahora. Bien, la pregunta que inmediatamente debemos formularnos, es: ¿Está habitado este planeta?

—Esa pregunta no tendrá respuesta adecuada sin una detenida exploración de la tierra firme que tenemos a la vista —replicó Cynant.

* * *

El sol acababa de salir, cuando la goleta, pilotada por las hábiles manos de Cynant, fondeó en una pequeña rada, formada por dos salientes rocosos, que encerraban una playa de unos trescientos metros de longitud.

—¿Cómo vamos a explorar la tierra firme, capitán? —preguntó Tamara.

—Acercaremos la goleta a la costa todo lo que podamos. Tendremos que construir una balsa y situar en ella al jeep, que por fortuna no ha sufrido el menor daño. Usted y yo saldremos de exploración en seguida y nos llevaremos un transmisor portátil. Bill y Tony se quedarán a bordo. Hay armas suficientes, de modo que, en caso necesario, podríamos defendernos con facilidad. Además, llevaremos equipo para acampar algunos días, si fuese necesario. ¿Alguna objeción, señorita?

Tamara hizo un gesto con la cabeza.

—Lo encuentro muy acertado, capitán —aprobó.

A mediodía, la balsa tocó la playa. Bill y Tony tiraron de las

amarras, mientras Cynant hacía rodar el jeep hasta pasar a tierra firme.

El vehículo había sido cargado con algunas latas de gasolina y aceite de repuesto, así como otras de agua, más los víveres necesarios. Había también una tienda de campaña y dos sacos de dormir. Además de sendos revólveres, Cynant y Tamara llevaban dos rifles. El de ella un «Special-World», semiautomático, con cargadores de diez tiros y mirilla telescópica. Cynant usaría un máuser corriente de caza.

—Recuerden —dijo a los dos tripulantes, ya con la mano en la palanca de cambios—. Atentos a cada seis horas a las llamadas de radio.

—Seis horas, capitán —repitió Rawlins.

—Día y noche. Caso de ordenárselo, aléjense de la tierra inmediatamente. Ya buscaríamos lugar adecuado para reunirnos de nuevo.

—Conforme, capitán. Buena suerte a los dos.

El jeep arrancó fácilmente. Subió una pendiente, eludió un trozo rocoso y alcanzó el borde de la planicie superior.

Tamara se quedó muda de asombro.

En todo lo que alcanzaba la vista no se veía un árbol ni una sola mata, ni el menor signo de vida vegetal o animal. Tampoco se divisaban restos de edificaciones.

—¿Es posible que hayamos llegado a un planeta desierto? —dijo al cabo de unos momentos.

—Por la curvatura del horizonte marino y cierta ligereza que noto en mis movimientos, deduzco que su radio es algo inferior al de la Tierra, pero muy superior al de Marte. Pongamos unos once mil kilómetros de diámetro… lo que supone una ingente cantidad de superficie para explorar, tanto sólida como líquida.

—Y esa ligereza que sentimos es consecuencia de la menor gravedad.

—Justamente. Calculo que debe de ser un diez por ciento menos que en la Tierra.

—Lo que me hace pesar cuarenta y seis kilos —sonrió ella—. Empezaba a preocuparme; esos días de encierro en la cámara me habían hecho aumentar de peso.

—Estaba demasiado delgada cuando llegó a bordo —observó

Cynant secamente.

—¿Quiere decir que le gustan las mujeres gordas, capitán? —preguntó ella con burla.

—No me gustan los esqueletos andantes.

—¡Oh! —dijo ella, vivamente sofocada.

El terreno era relativamente liso, aunque en ocasiones se encontraban con grietas o vaguadas que les obligaban a dar un rodeo cuando no podían alcanzar el fondo. El aspecto de desolación del paisaje no variaba en absoluto.

Ambos iban bien equipados: sombreros, gafas de color, pantalones y fuertes botas, además de prendas de abrigo que por el momento no necesitaban. Al cabo de dos kilómetros de marcha, Cynant se apeó del jeep y construyó un jalón con varias piedras amontonadas en pirámide.

—Buena idea —aprobó ella. De pronto, dijo—: Tengo que hacerle una pregunta, capitán.

—Diga, señorita.

—Estoy pensando, aunque no consigo dar con ella, en la razón que le ha impulsado a usted a elegirme para acompañante de su viaje de exploración.

—Oh, por una razón muy egoísta —replicó Cynant.

—¿Cuál es, capitán?

—Sencillamente, usted ha cazado mucho y tiene gran experiencia con las armas de fuego. Yo he hecho, en alguna ocasión, unos ejercicios de tiro, pero lo que sí es cierto es que ni Bill ni Tony saben manejar un arma de fuego.

—Es decir, lo ha hecho por su propia seguridad.

—Y por la suya también. Si ha cazado en África y en la India, está acostumbrada a situaciones de cierto riesgo, cosa que no nos sucede a nosotros tres.

—Casi me decepciona usted, capitán. Yo había especulado con la posibilidad de que usted no quisiera dejarme sola a bordo con uno de los dos que quedan allí.

—Algo hay también de eso, aunque no de una manera inmediata —contestó Cynant gravemente—. Una de las cosas que deberá hacer usted para lo sucesivo es evitar atuendos provocativos. No se ponga jamás pantalones cortos ni blusas o pullovers demasiado ceñidos. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Tamara se puso colorada hasta las orejas.

—¿Quiere decir que podría llegar el momento en que alguno de ustedes no supiera contener sus instintos? —preguntó.

—Verá, señorita Potter-Hill —dijo Cynant—. Yo me pongo en lo peor. Hemos ido a desembarcar en una zona aparentemente desértica, lo cual no quiere decir nada, porque también las hay en la Tierra. Pero hay agua, aunque sea salada, lo que, a la larga, significa que encontraremos vegetación y el modo de sobrevivir de una forma u otra. Los víveres de la «Pandora» pueden no ser eternos, ¿comprende?

—Sí, continúe, se lo ruego —pidió Tamara con voz tensa.

—Si el planeta está deshabitado, cosa que bien pudiera ser cierta, no encontraremos otro socorro que el que podamos proporcionarnos nosotros mismos. Pero no se me alcanza la forma en que podremos regresar a la Tierra, suponiendo que eso fuese factible.

—Lo que significa que tendríamos que vivir aquí siempre.

—Exactamente.

—Yo… sola… con tres… hombres… —tartamudeó Tamara, muy pálida—. Antes… antes de permitir que me sucediese nada, sería capaz de quitarme la vida.

Cynant no dijo nada. El cuentakilómetros le indicó que habían ganado otros dos mil metros y detuvo el vehículo para colocar el segundo jalón.

* * *

Tamara salió a gatas de la tienda y se encontró con que Cynant estaba ya preparando el desayuno.

—Buenos días, capitán —saludó—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, salvo la de que ayer recorrimos ochenta kilómetros de desierto. Esto no tiene trazas de acabarse, señorita.

Olía agradablemente a café recién hecho en un infiernillo de alcohol. Tamara tomó un plato con tocino y huevos fritos y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

De pronto se echó a reír.

—¿Qué le hace gracia? —preguntó Cynant, sorprendido.

—Nuestra situación, capitán. Apenas hace dos años que el

primer hombre desembarcó en la Luna… y nosotros nos hallamos ahora en un remotísimo planeta, situado Dios sabe a qué distancia de la Tierra. ¿No cree que esto es fantástico?

—Y preocupante también —contestó él—. Avanzaremos hoy otra distancia análoga. Si no encontramos signos de vida, regresaremos a la goleta.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Tamara.

Desayunaron rápidamente y levantaron el campamento. Minutos más tarde, el jeep se ponía en marcha.

El terreno continuaba con análogas características: llano, pedregoso en ocasiones, con algunos barrancos y vaguadas y también trozos arenosos. Pero no había el menor signo de vegetación.

En la goleta todo continuaba sin novedad. Cynant, en sus informaciones, no ocultaba en modo alguno la descripción del terreno en que se encontraban.

Cerca del mediodía, divisaron un cerro de suaves laderas, que se elevaba a unos trescientos metros sobre el nivel del terreno circundante.

——Vamos a ver qué se divisa desde la cima —propuso Tamara.

El jeep ascendió por una de las laderas sin grandes dificultades. Apenas habían alcanzado la cima, Tamara extendió un brazo y gritó:

—¡Capitán, estoy viendo una ciudad!

Cynant sacó los prismáticos. Oteó un momento el panorama y luego dijo:

—Una ciudad, sí, pero muerta y abandonada.

CAPÍTULO V

Los pasos de la pareja resonaban con lúgubres ecos al pisar por las losas que formaban el pavimento, en muchos sitios cubiertos de arena. Las casas eran en general de forma cúbica, construidas con grandes bloques de piedra y ninguna de ellas sobrepasaba los dos pisos.

Las calles eran amplias y tiradas a cordel. La desolación reinaba por doquier.

Había lugares en que la arena alcanzaba los primeros pisos de las casas. En su interior no se encontraba el menor rastro de mobiliario o de utensilios que les pudieran facilitar alguna idea sobre la civilización de los habitantes que antaño habían poblado aquella urbe.

Tampoco vieron inscripciones en las paredes y los muros.

—Si las hubo, la arena y el viento lo han borrado a lo largo de incontables siglos —dijo Cynant, en respuesta a una consulta de la joven sobre el particular.

De repente, desembocaron en una anchurosa plaza, de forma rectangular, cuyo suelo estaba cubierto en distintos trozos por grandes montones de arena. En el lado opuesto, divisaron una gran pirámide de piedra, rematada por un extraño monolito, que tenía una forma vagamente parecida a la humana.

—Al menos ya sabemos algo —dijo Cynant—. Los habitantes de esta ciudad tenían una conformación anatómica muy parecida a la nuestra.

—Esa pirámide debía ser una especie de altar para sus celebraciones religiosas, tal vez con sacrificios humanos, ¿no cree?

—Muy posible —admitió él—. Pero salvo la estatua, no hay otro indicio que permita comprobar esa hipótesis. Quizá los habitantes de este planeta no eran tan sanguinarios como los fuimos nosotros

en tiempos remotos.

—Sí, pero ¿por qué no encontramos rastro de muebles o de herramientas o de armas?

—Probablemente han transcurrido cientos de siglos desde que fue abandonada la ciudad o la muerte de todos sus moradores. Puede ocurrir una cosa: que no conocieran los metales. En tal caso, la madera de muebles y utensilios se ha disgregado por completo. No digamos nada de los restos humanos que pudieron quedar después de la catástrofe.

—¿Cree usted que hubo catástrofe?

—Algo tuvo que suceder, indudablemente. Quizá una alteración climatológica de grandes proporciones que convirtió en un desierto lo que tal vez antes era una zona de abundante vegetación. Hemos encontrado rastros de ríos, pero si éstos se secaron, los árboles y las plantas y, consecuentemente, la vida animal también, acabaron por desaparecer.

—Entonces, cabe la posibilidad de que los habitantes de la ciudad emigrasen a otras zonas más acogedoras.

—Si sobrevivieron al cataclismo, no cabe la menor duda de que eso fue lo que sucedió.

De repente se oyó un agudo silbido.

Delante de ellos, a unos treinta pasos de distancia, un surtidor de arena se elevó con fuerza a lo alto.

* * *

El montón de arena se movió. Tamara levantó su rifle.

—No tire —aconsejó él—. Esperemos a conocer mejor el origen de esos movimientos.

Los silbidos se repetían, a la vez que brotaban chorros de arena por distintos puntos. De pronto, se vio aparecer un tentáculo rojizo que se movía lentamente.

—Atrás —dijo Cynant—. No nos enfrentemos con peligros que desconocemos, mientras no sea absolutamente necesario.

Más tentáculos surgieron de la arena. Eran cortos, gruesos, de un color amarillo sucio. El montón de arena se deshizo de pronto y una enorme bestia quedó a la vista de la pareja.

Parecía una estrella de mar, de enormes dimensiones y de diez

brazos, según contó Cynant. El núcleo central era de un grosor inusitado y en él se veían dos pares de ojos de mirada maligna.

Chorros de vapor apenas visible salían del nacimiento de cada tentáculo. El animal, cuyo diámetro total alcanzaba unos doce metros, se movió lentamente hacia la pareja.

Su constitución parecía gelatinosa. Salvo por los silbidos producidos por el aire al ser expulsado a través de aquellos orificios, no producía ningún otro sonido.

Se mueve a la velocidad de medio metro por segundo —calculó Cynant—. Pero cuanto más nos alejemos de él, más seguros estaremos.

—¿De qué se alimentará esa bestia? —preguntó Tamara—. Porque yo no veo aquí nada que le pueda servir de comida, salvo nosotros mismos, cosa que no estamos dispuestos a permitir, ¿verdad?

—Desde luego. Yo opino que es un ser fitófago,

—¿Cómo?

—Se alimenta de las piedras. Es decir, de la arena, que no es, a fin de cuentas, sino piedra finamente desmenuzada. Su metabolismo debe permitirle la transformación de la sílice y otros elementos contenidos en la arena, oxígeno, hidrógeno, fósforo y demás, en sustancias asimilables para su organismo.

—Lo cual no le impediría probar el suculento plato que debemos de ser nosotros —dijo Tamara de buen humor.

—Probablemente, ese menú se le indigestaría, pero prefiero no hacerle desear un postre de bicarbonato.

—Lo mejor será que nos vayamos de aquí; ya hemos visto cuanto deseábamos.

—Tiene usted razón, capitán. Regresemos cuanto antes.

Minutos más tarde, estaban a bordo del jeep, Cynant hizo una llamada por radio, mientras Tamara, ahora conductora, daba el contacto para arrancar.

—Habla el capitán —dijo—. Bill, ¿qué novedades hay a bordo? Yo también tengo algo que contarles…

La respuesta del contramaestre resultó sorprendente por lo espeluznante.

—Capitán… estamos siendo atacados… Una estrella de mar gigantesca… Tony está muriéndose… So… co… rro… Nos va… a

devorar…

La radio hizo un par de ruidos extraños y calló definitivamente.

Cynant insistió en sus llamadas. Ya no recibió ninguna respuesta.

Volvió los ojos hacia la joven.

Tamara estaba muy pálida.

—Pise a fondo —ordenó él—. Cubriremos en una etapa la distancia que nos separa de la «Pandora».

* * *

La goleta se balanceaba suavemente en las casi inmóviles aguas de la rada. Desde lo alto de los escarpados, Cynant y Tamara contemplaron la nave en silencio.

Cynant tocó repetidas veces el claxon del jeep.

Tamara hizo un par de disparos al aire, sin el menor resultado.

El joven se apeó de un salto.

—Quédese aquí —dijo—. Voy a investigar.

Ella alargó la mano y le retuvo por la manga de la camisa.

—No me deje sola, capitán —pidió—. Tengo un miedo terrible.

—Espere aquí —insistió él—. Tendré cuidado.

Buscó un camino practicable y descendió a la carrera. Al llegar a la playa se desnudó de la cintura para arriba y se quitó las botas.

Inmediatamente, se echó al agua. Nadó con fuerza y poco después alcanzaba un cabo que pendía de la borda.

Se izó a pulso y plantó pie en la cubierta. Las tablas estaban cubiertas parcialmente de una sustancia pegajosa y resbaladiza, que hedía de un modo espantoso.

—¡Bill! ¡Tony! —llamó a grandes gritos, pero sabía que eran unas llamadas estériles.

Reinaba un silencio absoluto a bordo. Cynant observó que aquel rastro pegajoso se dirigía a una de las escotillas, abiertas de par en par.

Con grandes precauciones, se acercó a la escotilla y asomóse al interior. Dos pares de ojos le contemplaron con maligna fosforescencia.

Cynant se echó hacia atrás inmediatamente. Gritó:

—¡La bestia está a bordo!

Tamara hizo arrancar el jeep y buscó el camino de descenso hasta la playa. Desde allí consultó a voces:

—¿Quiere que vaya para ayudarle?

—¡No, aguarde en la playa! ¡Yo encontraré el medio de deshacerme de este animal!

Un tentáculo asomó por la escotilla. Cynant retrocedió lentamente, sin perder de vista a su formidable enemigo.

—El fuego, tal vez… —pero empleándolo, corría el riesgo de incendiar la goleta.

Varios brazos más surgieron al exterior. Cynant calculó que la bestia había sorprendido a los dos hombres, tal vez entregados a una apacible siesta en la cubierta.

—No se pueden descuidar las precauciones en este planeta —musitó.

El cuerpo del animal se contrajo para atravesar la escotilla. De pronto, Cynant concibió una idea.

El fuego, no, sino todo lo contrario.

Tenía tiempo suficiente y descendió a su cámara. Pasó luego a la de Tamara y regresó a la cubierta armado con dos extintores.

Tamara contemplaba la escena desde la orilla, llena de ansiedad. Con el corazón palpitante, vio que Cynant se acercaba al monstruo con un objeto cilíndrico en la mano.

El chorro de espuma cayó en los ojos de la bestia. Cynant vació los extintores, sin haber conseguido progresos apreciables.

—Esto no le hace daño en absoluto —masculló.

El animal le perseguía lenta pero tenazmente. Cynant dio la vuelta con grandes precauciones y bajó a la cubierta.

Buscó entre algunos de los bultos allí apilados, hasta encontrar lo que deseaba. Algo le tocó de pronto en un hombro y lanzó un chillido de espanto.

Corrió en busca, de otra salida. Llegó a cubierta, sudando profusamente. El tentáculo del animal le había dado un susto mortal.

Se recobró muy pronto. Con los dientes apretados, preparó el cartucho de explosivo, con la mecha correspondiente.

—Voy a abrir un agujero en cubierta, pero no hay otro remedio —murmuró.

El cartucho, con una mecha muy reducida, rodó sobre las tablas,

hasta quedar oculto bajo el cuerpo de la gigantesca estrella de mar. Casi en el acto se oyó una sorda explosión.

Fragmentos de una carne extraña volaron por los aires. El núcleo central de la bestia se deshizo en una masa informe, de la que brotaba un líquido espeso y repugnante.

Cynant se puso las manos en las caderas.

—Ya sólo es cuestión de usar una pala y las mangueras —se dijo.

Miró hacia la playa.

—¡El barco quedará limpio dentro de un cuarto de hora! —anunció.

CAPÍTULO VI

Ayudada por el joven, Tamara puso pie en la cubierta. Estaba consternada.

—Nos hemos quedado solos —dijo.

—Sí —confirmó él sombríamente.

—¿Qué haremos ahora, capitán?

—Lo primero de todo, izar el jeep a bordo. Después levaremos anclas.

—¿Hacia dónde?

Cynant se encogió de hombros.

—Tenemos que buscar una tierra más acogedora, eso es todo lo que puedo decirle —contestó.

—Su idea del explosivo ha resultado buena. Pero no sabía que tuviéramos dinamita a bordo.

—Ya estaba en la bodega, cuando yo me hice cargo del barco. Puede ser útil en un caso extremo, como, por ejemplo, un inoportuno embarrancamiento en unos arrecifes. De todas formas, no estorba.

—Eso es seguro. —Tamara fijó sus ojos en el rostro de Cynant—. Capitán, nos hemos quedado solos en este planeta del que no sabemos siquiera cómo se llama.

—Es la triste realidad, señorita Potter-Hill.

—Estamos solos —repitió ella, meditabunda—. Y puede que el planeta esté deshabitado.

——Lo cual no tendría nada de extraño.

—En tal caso, estando usted y yo solos en el planeta y sin posibilidades de regresar a la Tierra, ¿qué sucedería, capitán?

Cynant miró fijamente a la joven. Aquella pregunta tema un

significado especial y requería una contestación adecuada.

—Lo que pueda suceder en el futuro depende en parte de nosotros, pero también de la Divina Providencia—contestó al cabo de unos instantes, con grave expresión.

Ella seguía mirándole fijamente. «Es un hombre distinto a todos los que he conocido», pensó.

Cynant carraspeó.

—La balsa está amarrada al costado de la «Pandora». Tenemos que ir a recoger el jeep —dijo.

—Sí, capitán, desde luego.

Se trasladaron a la costa, distante poco más de ciento cincuenta metros. Amarraron la balsa y Cynant maniobró hasta conseguir embarcar el jeep.

Fue una operación más engorrosa que de verdadera dificultad, ya que sólo disponían de cuatro brazos, pero al fin, la pluma adosada al palo mayor colocó al jeep sin novedad en la cubierta. Luego, Cynant izó la balsa, ya que no disponían de embarcación salvavidas, y finalmente, hizo funcionar la maquinilla para izar el ancla.

Cuando acabaron, el día estaba ya muy avanzado. Cynant hizo funcionar el motor auxiliar en marcha atrás, mientras ella gobernaba el timón. Luego, la goleta viró en redondo y zarpó a poca velocidad con un rumbo que a Cynant le parecía debía de ser el sur de aquel planeta.

—Esta noche navegaremos a velocidad reducida —dijo él—. Mañana izaremos las velas, a fin de economizar combustible.

—Sí, capitán.

—Enséñeme sus manos, por favor —pidió Cynant de repente.

Tamara, extrañada, obedeció. Eran unas manos largas, blancas, muy finas. Cynant meneó la cabeza.

—Deberá buscarse unos guantes fuertes —aconsejó—. A partir de ahora, va a tener que trabajar mucho, señorita Potter-Hill.

—Sí, capitán —respondió Tamara.

Estaba asombrada de sí misma. ¿Cómo era posible que se portase con tanta mansedumbre? ¿Dónde estaba su famoso mal genio?

Los otros capitanes de la «Pandora» y del yate de lujo jamás habían osado hablarle de aquella forma. Cynant no se había

mostrado autoritario en modo alguno, pero tenía una manera especial de hablar que obligaba a acatar sus órdenes sin la menor discusión.

—La goleta navega a unos tres nudos por hora —añadió Cynant —. Ésta es una velocidad superior a la de esos monstruos, por lo que no creo que nos ataquen. Sin embargo, yo velaré toda la noche, a fin de evitar sorpresas desagradables. Mañana instalaré un sistema de alarma, que nos permita una tranquila permanencia a bordo.

——Es una buena idea, capitán —aprobó Tamara sin objeciones.

* * *

La goleta navegaba a unos diez nudos por hora, ligeramente escorada a estribor, aprovechando todos los foques, más la escandalosa y la cangreja del palo mayor. Cynant había montado además una vela de escay, que iba de la cruceta del mayor a la base del desaparecido trinquete, lo que aumentaba la superficie de velamen y, en consecuencia, le confería una mayor velocidad.

Tamara salió a la cubierta, con una jarra humeante en una mano y un pocillo en la otra. Un pañuelo rojo sujetaba sus cabellos y vestía una blusa holgada y pantalones largos. Para moverse por cubierta iba generalmente descalza.

El timón estaba solitario. Tamara sintió un golpe en el corazón.

Las velas se movían suavemente, henchidas por el viento. El único sonido que se escuchaba era el de las olas al frotar el casco y algunos chasquidos de las velas o el cordaje.

—¡Capitán!— llamó ella, angustiada.

—¡Estoy aquí! —bajó la voz de Cynant de lo alto—. Ahora mismo bajo.

Tamara levantó la vista. Cynant abandonó la cruceta del palo mayor y, con los prismáticos colgados del cuello, descendió velozmente, empleando una driza para su deslizamiento. Instantes después, ponía el pie en la cubierta.

—No vuelva a hacerlo —dijo Tamara con voz irritada—. Me ha dado usted un susto de muerte.

Cynant tomó sonriendo la taza de café que ella le ofrecía.

—¿De veras? —preguntó.

—Imagínese. Salgo a la cubierta y me encuentro el puente

vacío… ¿Qué otra cosa podía pensar yo, después de lo que ha pasado?

—Alguien tiene que hacer de vigía y no creo que usted sea capaz de trepar hasta la cruceta —contestó él—. Por otra parte, el tiempo es excelente y no hay inconveniente en abandonar un rato el timón, adecuadamente trincado para evitar un inoportuno bandazo.

—Sí, pero otra vez que vaya a la cruceta, avíseme con tiempo —pidió ella.

—Le presento mis excusas —dijo Cynant formalmente—. Tiene usted razón para hacerme esos reproches y le prometo no volver a reincidir.

Tomó un par de sorbos y añadió:

—El café está muy bueno.

—Voy aprendiendo —sonrió ella—. De todas formas, ¿resultan útiles las observaciones desde allá arriba, capitán?

—En el presente caso, sí, señorita Potter-Hill. Creo haber vislumbrado tierra a unas veinticinco millas por la amura de estribor.

Tamara se quedó sin respiración un momento. Luego dijo:

—Es usted único, capitán. Divisa tierra… y se guarda la noticia como si no tuviera la menor importancia. ¡Es para ponerse furiosa, créame!

Cynant se echó a reír.

—Si pensamos que un día u otro teníamos que avistar tierra, la noticia, a decir verdad, no tiene excesiva importancia —respondió.

* * *

Los gemelos acercaban poderosamente la costa. Tamara lanzó un perceptible suspiro de alivio al divisar un consolador color verde en el horizonte.

Con una mano sostenía la rueda, mientras que con la otra miraba de cuando en cuando a través de los gemelos. De pronto, Cynant, desde el puesto de vigía, gritó:

—¡Dos puntos a estribor! ¡Mantenga el rumbo en esa dirección!

—¡Entendido, capitán!

Tamara hizo girar la rueda en la posición deseada. Cynant se reunió con ella instantes después.

Miró un poco hacia la proa. Luego dijo:

—Así vamos bien. Navegamos derechos hacia la embocadura de un río, señorita Potter-Hill. Los ríos, generalmente, tienen ciudades en sus orillas.

—¿Cree que encontraremos alguna? —preguntó ella con ansiedad.

—Haremos una corta exploración a pie, media jornada o algo por el estilo. Según lo que encontremos, convendrá alargar la exploración o buscar otros parajes más acogedores.

—Entendido.

—Seguiremos explorando durante una buena temporada, hasta convencernos de que el planeta está deshabitado o, en caso contrario, entablar relaciones con sus posibles moradores. Una vez hayamos terminado todas las exploraciones, será cosa de buscar un sitio adecuado para nuestra instalación definitiva.

Ella se estremeció.

—A veces tengo la sensación de que tendremos que quedarnos aquí para siempre —dijo.

—Ésa es una posibilidad que yo tengo presente en todo momento —contestó él.

—¿Y… cuánto durarán nuestras exploraciones?, me refiero, claro está, al conjunto de las mismas.

—A mí me gustaría que durasen lo suficiente para conocer el desarrollo de las estaciones climatológicas en este planeta. De este modo, podríamos elegir mejor el emplazamiento de nuestro campamento.

—Que es muy probable sea el definitivo.

—Sí, señorita Potter-Hill.

Ella le miró con irritación.

—Capitán, por Dios, suprima los tratamientos de una vez. Vamos a quedamos en este planeta para siempre y usted sigue empleando un estúpido protocolo. ¿Acaso no recuerda mi nombre?

—Lo recuerdo muy bien, en efecto, pero no ha llegado todavía el momento de romper las barreras de ese protocolo.

Ella se le quedó mirando llena de extrañeza. ¿Qué quería decir el hombre con aquellas palabras?

* * *

La balsa quedó amarrada a la orilla. A unos setenta u ochenta metros de distancia, la goleta se balanceaba suavemente sobre las mansas aguas del río que, en su desembocadura, medía unos doscientos metros de orilla a orilla.

El mar quedaba a unos quinientos metros. Cynant no había querido avanzar más río arriba, temeroso de encallar. Para la primera exploración, era más que suficiente anclar en aquel punto.

Tamara saltó a tierra. Miró a todos lados y dijo:

—Bien, las diferencias de esta vegetación con la de la Tierra no son tan grandes, creo yo.

—Parajes como éste los hemos visto muchas veces en nuestro planeta —contestó Cynant, mientras aseguraba la amarra— Ahora bien, a mí me gustaría encontrar dos cosas.

—¿Cuáles, capitán?

—Caza y vegetales comestibles.

—Está harto de conservas, ¿no? —sonrió ella.

—¿Y usted? ¿No le gustaría una buena pierna de venado asada al fuego? Pero me temo que comer en esas condiciones no debe ser de su agrado.

—¿Por quién me ha tomado, capitán? —protestó ella—. Me he encontrado en peores situaciones que ésta…,

—Salvo que sabía que podía volver a la civilización en cualquier momento y aquí ignora si lo conseguirá algún día. Vamos.

Cynant recogió su rifle. Ella, un tanto perpleja, echó a andar a su lado.

El bosque era denso, pero no tanto que impidiese caminar sin grandes dificultades. Cynant procuró moverse paralelamente al río, aunque a prudente distancia del mismo.

En una ocasión, encontraron una colina de regular altura. Desde la cima, pudieron otear un panorama de gran extensión.

—Nada —dijo Cynant desalentadamente, al cabo de unos minutos de explorar a través de los gemelos—. Ni rastros de una ciudad, aunque sea de chozas de paja, ni una columna de humo…

—A los lejos se ve una cordillera con crestas nevadas —señaló Tamara.

—Está a más de veinte kilómetros y para llegar hasta allí deberíamos usar el jeep. Volveremos mañana, si no tiene

inconveniente.

Tamara suspiró.

—Tampoco tenemos otra cosa que hacer —respondió.

Emprendieron el regreso. Tres horas después, alcanzaron el lugar donde habían dejado la balsa.

—Esta noche dormiré como un leño —dijo Tamara—. Estoy rendida.

—Lo encuentro muy natural. Ninguno de los dos estamos acostumbrados a las grandes caminatas…

Cynant se interrumpió de pronto. Una expresión de vivo dolor apareció en su rostro.

Al mismo tiempo, Tamara oyó un tenue silbido y el leve choque de un ligero proyectil al clavarse en la carne de un cuerpo humano. Horrorizada, vio asomar por el pecho de Cynant la punta de algo que parecía una flecha.

Medio segundo después, Cynant se desplomaba al suelo sin conocimiento.

CAPÍTULO VII

Tamara se quedó aturdida unos instantes. En el mismo momento, vio aparecer ante ella a unas extrañas figuras

Eran seis o siete, de largas barbas y cabelleras, vestidos escasamente con pieles de animales sin curtir. Llevaban arcos y flechas de construcción muy rudimentaria, pero muy efectivos, según acababa de comprobar, y también otras armas que parecían de piedra transparente o de vidrio de color rojo y verde.

Eran tipos sumamente robustos, pero bajos, achaparrados y de frente deprimida. Uno de ellos hizo dar vueltas sobre su cabeza a un artefacto semejante a una honda y disparó un proyectil contra la muchacha.

Tamara se agachó a tiempo. Entonces recordó que tenía un rifle en las manos.

Una flecha silbó cerca de sus oídos. El rifle escupió media docena de disparos muy seguidos.

Dos de los salvajes cayeron instantáneamente. Los demás, aterrados por el fragor de las detonaciones, huyeron a la carrera.

Tamara se volvió hacia el joven. Cynant yacía boca abajo, completamente inmóvil, con el astil de la flecha asomando por su espalda.

Lágrimas de terror asomaron a sus ojos.

—¡Voy a quedarme sola! —exclamó.

En aquel momento, Cynant se agitó un poco.

—¡Mark, Mark! —gritó ella desesperadamente.

Cynant abrió un poco los ojos.

—Arránqueme… la flecha…—pidió—. Me duele… mucho…

Ella asió el palito en el que, vagamente, observó la carencia de plumas estabilizadoras. Era una simple ramita recta, aguzada por la punta, sin más aditamentos.

—He matado a dos de los salvajes —dijo ella precipitadamente —. Los demás huyeron… Parecían hombres prehistóricos…

—Probablemente lo son —concordó él a media voz—. Vamos, tire ya; Lo peor de estas heridas es dejar la flecha clavada.

Tamara cerró los ojos un instante. Luego, haciendo fuerzas, pegó un súbito tirón.

Lanzó el palo ensangrentado a lo lejos. Cynant lanzó un gruñido inarticulado y volvió a perder el sentido.

Tamara se arrancó la blusa a puñados y vendó como pudo las heridas del joven. La hemorragia quedó contenida en buena parte.

Se puso en pie. Estaban a diez pasos de la orilla. Se preguntó cómo se las arreglaría para transportar al joven hasta la seguridad de la goleta.

De repente, vio brillar algo en el suelo, a pocos pasos de distancia. Extrañada, recogió aquel objeto y, tras unos segundos de reflexión, lo guardó en el bolsillo de los pantalones. Luego, con el rifle en las manos, se acercó prudentemente a los caídos.

Un minuto más tarde, arrastraba el cuerpo inconsciente de Cynant hacia la balsa. A cada momento, temía sentir en su espalda el punzante impacto de una flecha.

* * *

Cynant dormía apaciblemente.

Tamara se asomó un momento a la cámara y comprendió que no convenía molestar al paciente. Cynant llevaba ya una semana en el lecho y apenas empezaba a recuperarse de la herida recibida…

Regresó a la cocina, en donde se calentaba una buena olla de caldo. Suspiró.

—La pierna de venado tendrá que esperar —dijo, mientras se apartaba de la frente un rebelde mechón de pelo.

En aquellos siete días, Cynant apenas si había abierto los ojos. Estaba pálido y demacrado, aunque Tamara sabía que pronto entraría en un período de franca convalecencia.

Ella misma no se hallaba en mejor estado. Tenía profundas ojeras y sus pómulos se habían afilado un tanto. Apenas había dormido durante aquella semana inacabable.

Era para ella una nueva experiencia. Jamás se había encontrado

en una situación semejante antes de ahora. Por fortuna, Cynant se curaría.

Lo que significa que no me quedaré sola.

Pero ¿qué sucedería más adelante? Casi con toda seguridad podía asegurarse que, si el planeta estaba habitado, sus habitantes vivían en una civilización semejante a la Edad de Piedra terrestre.

No parecen conocer el fuego ni la rueda…

Rebajó el fuego y se sentó en una silla. Sin saber cómo, se quedó dormida.

Despertó bruscamente al oír su nombre:

—¡Tamara!

La joven se levantó de un salto. Miró hacia el hornillo y lo apagó casi a continuación. Luego corrió hacia la cámara del capitán.

Cynant le miraba desde su litera, con la sonrisa en los labios.

—Hola —saludó—. Creo que he salido adelante, ¿no?

—Eso creo yo también —sonrió ella—, aunque me ha hecho pasar muchos malos ratos.

—¿De veras?

Tamara se ruborizó ligeramente.

—No hablemos más de eso —contestó—. Hice lo que estimé mi deber.

—Cosa que le agradeceré profundamente mientras viva. ¿Le costó mucho traerme hasta aquí?

—Un poco. Por suerte, pude hacer funcionar la maquinilla.

—Eso quiere decir que yo era un fardo en aquellos momentos.

—Casi un cadáver, Mark, Pero está saliendo adelante y eso es lo que importa.

—Sí, desde luego. ¿Vio usted a nuestros atacantes?

—Luego le contaré detalles del suceso —respondió Tamara—. Ahora le conviene tomar un buen caldo. Lo tengo ya listo, Mark.

Tamara salió de la cámara, para volver al cabo de pocos instantes con una bandeja en las manos. Acomodó los almohadones y procuró que Cynant se incorporase un poco en la cama.

El joven empezó a tomar la sopa a cucharadas. Tamara le explicó algunos detalles de la acción.

—Lo que indica que esos pobres seres están en la Edad de Piedra —observó él.

—Sí, de la piedra, pero, preciosa, Mark,

—¿Cómo?

Tamara salió de la habitación. Momentos después, volvía con unos objetos que depositó sobre la litera.

—Dos cuchillos, uno de rubí y otro de esmeralda y proyectiles para sus hondas, que no son sino piedras preciosas casi tan grandes como el puño —explicó la joven mientras extendía sus hallazgos delante del asombrado Cynant.

—Es increíble —dijo él, una vez recuperado de la sorpresa recibida—. Usan piedras preciosas como armas…

—Naturalmente, no conocen su valor. Las emplean, sin duda, por su dureza superior a la de la piedra común, pero nada más.

—Eso que estamos viendo representara una fortuna en la tierra, Tamara —exclamó Cynant.

Ella guardó sus hallazgos en la misma bolsa en que los había traído a la cámara.

—A nosotros no nos sirven de nada —contestó indiferentemente —. Pero, en cambio, nos dicen que un día podremos encontrar caza. Es de suponer que ellos se alimenten de carne.

—Con tal de que no sean antropófagos…

Tamara se estremeció.

—Sera espantoso —murmuró.

—Una vez muertos, ¿qué más nos daría? En todo caso, si son antropófagos, sólo practicarán el canibalismo con sus enemigos o con los individuos pertenecientes a otra tribu, como suele ser corriente en estos casos.

—Pero usted olvida que estamos en un planeta que no es el nuestro y en donde las costumbres de sus habitantes, incluso las de estos salvajes, pueden radicalmente de las de nuestros antepasados. No podemos emplear aquí módulo ya conocidos, porque podríamos incurrir en un grave error.

—Eso sí es cierto —convino él—. De todas formas, estaremos prevenidos. Me gustaría tener una pistola al alcance de la mano, Tamara.

—Desde luego, Mark.

Tamara colocó un revólver cargado al alcance de la mano del joven. Cynant sonrió.

—Apuesto a que no se ha visto nunca en una situación parecida a esta —dijo.

—Es cierto, y conste que he corrido algunas aventuras muy peligrosas en la Tierra. Pero nunca me había quedado sola con un hombre tanto tiempo. Mejor dicho, eso es algo que no había sucedido jamás,

—¿Ni siquiera en una fiesta social?

—Eso es distinto, se trata de momentos muy cortos.

—Sin embargo, estuvo a punto de quedarse sola varios días con un hombre… y varias veces, además.

—¿Cuándo, Mark?

—Cuando iba a casarse, Tamara.

Ella enrojeció vivamente.

—¿Es un reproche? —preguntó.

—No, una observación. Tamara, ¿qué le hacía huir del matrimonio cuando todo parecía ya a punto de consumarse?

La joven se puso en pie y se paseó nerviosamente por la cámara, retorciéndose las manos con crispados ademanes.

—No sé cómo explicarme, Mark —contestó—. Yo creía estar enamorada y deseaba sinceramente convertirme en la esposa de mi prometido de turno… pero, a veces, nos quedábamos solos y… Bueno, usted sabe que dos novios se besan, se acarician… Llegaba un momento que ese hombre me repelía horriblemente… Pensaba en que debía convertirme en su mujer y sentía hacia él una repugnancia espantosa… ¿Puede usted comprenderme, Mark?

Ella le miraba con expresión de súplica. Con grave acento, Cynant dijo:

—Tengo la sensación de que años, atrás sufrió usted un digamos accidente que le causó el trauma origen de sus problemas. ¿Me equivoco?

Tamara ruborizó de nuevo.

—Es usted un hábil psicólogo, Mark —contestó —¿Cómo lo ha adivinado?

—No soy un experto en ciertos temas, pero una mujer no rehúsa sistemáticamente el matrimonio sin una profunda causa que justifique tales acciones. ¿Cuánto tiempo hace que… ocurrió «aquello»?

—Ocho años —contestó Tamara—. Voy a cumplir los veinticinco.

—¿Forzada o voluntariamente?

—Hubo fuerza, Mark.

—Y desde entonces odia usted a los hombres.

—No de un modo total, pero sí me repelen. El trauma a que usted alude es cierto. Existe… y no sé cómo desprenderme de él.

—¿Ha consultado con un buen psiquíatra?

—Tengo todos mis respetos para esa profesión, pero estimo que este es un asunto que debo resolver yo por mí misma.

—Cuando encuentre a la persona que le haga superar su psicosis de repugnancia hacia el varón.

—¡Lo he intentado siete veces, Mark!

—Pero nunca puso demasiada convicción en el empeño —alegó él—. Estaba envuelta en otras circunstancias ambientales completamente distintas a las actuales. Tenía de todo: lujos, comodidades, trajes, joyas, asistía a fiestas, viajaba sin descanso… Su cerebro no se podía concentrar nunca debidamente en una cosa de importancia. Además, y esto es, probablemente lo más interesante, usted sabía, aunque fuese de un modo subconsciente, que roto un compromiso, podía contraer otro más adelante, no importa con quién, porque, con su físico y su fortuna, en verdad que no le faltarían los pretendientes. ¿Lo comprende ahora?

La mirada de Tamara se quedó fija en el rostro de Cynant.

—Usted lo que trata de decirme es… Oh, no me atrevo a expresarlo, Mark.

—Ni yo quiero que lo diga, porque podría creer de mí que soy un sujeto presumido e impertinente. Pero la realidad existe, Tamara.

—La realidad de nosotros dos solos en este planeta, Mark.

—Olvida usted a los otros habitantes.

—Esos no cuentan —replicó ella vivamente. Y volvió a sonrojarse.

Bajó la vista.

—Mark —murmuró—, si eso que usted y yo no nos atrevemos a mencionar, llegara a producirse, ¿por qué ocurriría?

Cynant conocía la explicación, pero no tuvo tiempo de formularla.

Algo tintineó en cubierta.

—¡La alarma, Tamara!—exclamó.

CAPÍTULO VIII

Ella intentó lanzarse hacia la puerta, pero Cynant lo impidió con una orden tajante:

—¡Quieta! ¡Échese a un lado!

Tengo el rifle en mi cámara…

—Aguarde un momento —insistió él.

Se oyeron pasos cautelosos en las proximidades. Unos pies desnudos asomaron por la escalera que conducía a la cámara.

Tamara se retiró cautelosamente. El número de pies se duplicó.

De repente, un hombre se precipitó en la cámara, blandiendo un cuchillo toscamente tallado en una colosal pieza de esmeralda. El revólver de Cynant detonó dos veces.

El salvaje cayó, lanzando un feroz alarido. Su compañero saltó por encima de él. Vio a Tamara y se precipitó sobre ella, pero entonces dos balas le alcanzaron en medio de la espalda, derribándole sobre la muchacha.

Tamara se escurrió como pudo de debajo del cadáver y corrió a la cabeza del lecho.

Arriba se oían voces excitadas. Cynant recargó rápidamente el revólver.

Una flecha entró y se clavó en el suelo de tablas. Luego, otro salvaje disparó un grueso rubí con su honda.

Tamara se acercó al joven.

—Voy a deslizarme por debajo de la escalera; así podré llegar a mi cámara —susurró.

—Bien, pero llévese un cuchillo.

Ella se inclinó y recogió una de aquellas armas, que medía casi cuarenta centímetros de longitud. Largas jornadas de trabajo tenaz

y paciente habían dado al cuchillo el filo de una navaja de afeitar.

Tamara se asomó a la puerta y miró hacia arriba. Una flecha silbó agudamente.

—Hay salvajes en cubierta —anunció.

—Tome, dispare dos veces y luego devuélvame el revólver —indicó Cynant.

Tamara atrapó el arma al vuelo. Volvió a asomarse y vio a un salvaje tensando el arco.

Dos balas, en sentido ascendente, le hicieron saltar de modo convulsivo. Inmediatamente, Tamara arrojó el arma sobre la litera y, dando un ligero rodeo por uno de los lados de la escalera, recorrió el pasillo hasta llegar a su cámara.

Abrió la puerta. Un salvaje, de colosales dimensiones, se volvió en el acto.

Ella fue más rápida. El cuchillo voló relampagueantemente y se clavó hasta más de la mitad en el estómago del nativo, que cayó en el acto de rodillas.

Tamara saltó hacia delante y se apoderó del rifle. En el mismo instante, el salvaje, cuya vitalidad parecía inextinguible, se puso en pie, todavía con el cuchillo hundido en el cuerpo y dio unos pasos hacia la joven.

Ella ya tenía el rifle en las manos. Desde la cadera, disparó dos veces y su enemigo retrocedió hasta chocar con una pared. Luego cayó al suelo y quedó inmóvil.

Arriba se oían unos atroces alaridos. Tamara lanzó un grito:

——¡Estoy bien, Mark! ¡Voy a ver si les ataco por retaguardia!

Sin dejar de mirar hacia la puerta, se colgó del cuello un cinturón con varios cargadores de repuesto. Luego, el dedo en el gatillo, caminó hacia la escalera con grandes precauciones.

Subió paso a paso hasta la cubierta. Asomó la cabeza y vio a una docena de greñudos salvajes discutiendo excitadamente en torno a la escotilla que conducía a la cámara del capitán.

Uno de ellos disparó dos flechas seguidas. Luego descendió a la carrera.

Tamara oyó tres estampidos. Los salvajes volvieron a gritar.

Entonces abrió el fuego. Ocho balas salieron del cañón del arma en rapidísima sucesión.

Cambió velozmente el cargador y lo vació de nuevo. Cuando

terminó su mortífera tarea, cuatro cuerpos yacían sin vida en la cubierta.

Los demás salvajes se habían dado a la fuga precipitadamente. Tamara corrió a la borda y vio que escapaban en un par de canoas hechas de sendos troncos ahuecados.

Los atacantes desaparecieron bien pronto en el bosque. Tamara bajó al camarote de Cynant.

Había tres cuerpos apilados junto a la entrada. El suelo estaba lleno de sangre.

—Fue una buena idea de colocar botes vacíos, colgando de un cordel a lo largo de toda la borda —dijo.

—Es una alarma que sirve para todo —contestó él sonriendo—. Para animales con diez brazos y también para los que sólo tienen dos.

Cynant contempló los cadáveres un instante.

—Le espera una dura tarea, Tamara —añadió.

—Hay otro en mi cámara. Arriba, en cubierta, cuatro más—. Ella se esforzó por sonreír—. Será un ejercicio macabro, Mark, pero desarrollaré los hasta ahora ociosos músculos de mis brazos.

—Quizá le convenía —dijo Cynant—. Una cosa, Tamara.

—¿Sí, Mark?

—Me gustaría ayudarla, pero, desgraciadamente, estoy tan débil como un chiquillo de tres años. Cuando haya terminado, largue el ancla; no le importe dejarla en el fondo, hay más de repuesto. Luego ponga en marcha el motor. Debemos abandonar estos parajes lo antes posible.

—Sí, Mark, pero ¿adónde iremos?

—A un lugar donde podamos vivir en paz, Tamara— contestó él serenamente.

—Lástima —suspiró ella—. El sitio es muy bonito y me gustaba mucho. Incluso había pensado en bañarme en el río…

—No lo haga. Puede haber animales peligrosos.

El consejo de Cynant se mostró certero. Tamara consiguió al fin lanzar al agua el primer cadáver.

Un remolino de espumas se formó inmediatamente en torno al cuerpo. Horrorizada, Tamara vio unos diminutos pececillos, que no tenían más de cinco centímetros de longitud, entregarse a un furioso ataque contra su presa.

Resultó espeluznante. En menos de dos minutos, Tamara pudo ver el esqueleto del salvaje, completamente limpio de carne.

—Si me llego a bañar… —murmuró, llena de pánico.

* * *

La goleta ancló en una pequeña rada, rodeada de vegetación, que llegaba a unos cincuenta metros de la playa.

Uno de los lados de la rada era escarpado y por él se despeñaba un torrente de espumosas aguas. El lugar parecía ameno y tranquilo.

—Éste podía ser un buen sitio para establecer nuestro campamento —dijo Mark, una vez lanzada el ancla.

Estaba todavía un poco pálido, aunque los colores ya retomaban a su cara y sus mejillas se llenaban poco a poco, Tamara exploraba la costa con los prismáticos.

—No se observan indicios de vida humana —dijo.

—Hemos navegado casi dos semanas. El hombre, dondequiera que esté, es siempre el mismo y no creo que los salvajes que nos atacasen efectúen desplazamientos de más de tres mil kilómetros, que es lo que calculo hemos recorrido nosotros. Claro que podemos encontrarnos con otra tribu, pero ¿han de mostrarse agresivos todos los habitantes de este planeta?

—Puede ser que lleguemos a entablar relaciones con ellos —contestó Tamara pensativamente—. Quizá nuestras armas de fuego les convenzan de su inferioridad y el temor les haga mostrarse amistosos.

—Preferiría conseguir su amistad por otros medios, Tamara.

—Sí, y yo también, pero… ¿Está en nuestras manos evitarlo?

—En todo caso, haremos los posibles por no crearnos enemigos. Pero quizá este sector del planeta esté deshabitado…

—A la larga o a la corta, acabaremos por encontrarnos con ellos. Mark, ¿cuándo estará usted en condiciones de poder caminar?

—Tiene que darme otra semana, al menos. Aguardaremos aquí, ya que parece un lugar propicio. No tenemos prisa, creo.

Tamara exhaló un melancólico suspiro.

—Creo que tenemos toda una vida por delante —suspiró.

* * *

Al otro lado del escarpado se divisaba una extensa planicie cubierta de verdor. El horizonte estaba cerrado por una elevada cadena de azules montañas, algunos de cuyos picos aparecían nevados.

El suelo no era totalmente llano. Había suaves elevaciones y depresiones de escasa pendiente. Un anchuroso río serpenteaba a lo lejos como una cinta de plata.

A la derecha tenían unas colinas rocosas, muy abruptas, de las cuales llegaba el torrente que se despeñaba en el mar. La base de las colinas estaba cubierta de un espeso césped, en el que brillaban flores de vivos colores.

Había grupos de árboles de frondosa copa, en los cuales apenas si se observaba diferencia alguna con los terrestres. El paisaje, en general, resultaba de un atractivo subyugante.

Cynant estudió la base de las colinas, cuyos farallones alcanzaban, en algunos puntos, cuarenta y más metros de altura. Hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—Éste podría ser un buen lugar para establecer nuestro campamento definitivo, Tamara. Hay agua en abundancia y los cerros nos protegerían de los vientos dominantes.

—¿Cómo puede saber que estaríamos al abrigo de esos vientos? —preguntó ella.

—Observe la curiosa inclinación de los árboles de la cima. Sus ramas se alargan desmesuradamente en dirección contraria a la de los vientos que soplan con mayor frecuencia.

—Sí, es cierto… pero convendría que estableciésemos un amplio cercado, no sólo para nuestra protección sino para guardar los animales que pudiéramos encontrar y domesticar.

—Como unos nuevos Robinsones, ¿verdad? —rió él.

—¿Tenemos otra opción, Mark?

De repente, Cynant hizo un gesto con la mano.

Unos arbustos acababan de moverse a corta distancia. Alarmada, Tamara levantó su rifle.

Algo surgió de entre los arbustos y se quedó mirando a la pareja con curiosidad. Veloz como el pensamiento, Tamara apuntó y disparó.

La bestia, de conformación semejante a la de un cervatillo, cayó fulminada.

—¡Buen tiro! —elogió Cynant.

Ella se echó a reír.

—Pensaba en la pierna de venado asada que usted mencionó en cierta ocasión —contestó.

CAPÍTULO IX

Quince días más tarde, Cynant y Tamara, al atardecer, junto a la hoguera, hicieron un balance de su situación.

—No hay indicios de vida humana ni rastros de ello en unos quinientos kilómetros a la redonda —dijo él—. Quizá la cordillera es una barrera que cierra el paso a esta comarca, pero esto es cosa que averiguaremos andando el tiempo. Tengo la sensación de que hay poca variación en las estaciones climatológicas de este planeta, pero a juzgar por lo que he podido observar, el verano empieza a declinar.

—Usted sugiere que deberíamos prepararnos para la invernada.

—Sí. La goleta no será un habitáculo agradable si hay tempestades. De todas formas, quedan dos o tres meses, tiempo más que suficiente para construir una buena cabaña y transportar la mayor parte de los utensilios y pertrechos, sin olvidar el armamento. Comida y agua no nos faltará, y hemos encontrado también frutas comestibles, que mejorarán nuestra dieta y nos librarán del escorbuto.

—El jeep nos servirá para acarrear los troncos —sugirió ella.

Cynant hizo un signo negativo.

—En cuanto nos sea posible, ahorraremos el combustible —decidió—. Hay ciertas reservas, pero prefiero guardarlas para la primavera, cuando emprendamos la exploración del otro lado de la cordillera. Después… —suspiró—, tendremos que despedirnos de la motorización para siempre.

—¿Y la goleta?

—La embarrancaré ligeramente de momento, pero si viera un fuerte temporal, la dejaría sólidamente anclada. Eso es cosa de

decidir más adelante.

—Tendremos que aprender a poner trampas —dijo ella pensativamente.

—Sólo las necesarias para cazar los animales que luego habrán de producirse en cautividad. Hemos visto aves, recuerde, lo que significa también huevos para comer.

—En fin, Mark, vida de Robinsones.

—Exactamente, Tamara.

Ella se puso en pie y caminó despacio hasta el borde del escarpado. Su silueta se dibujó con nitidez contra el fondo anaranjado del crepúsculo.

Las llamas danzaban alegremente. Abajo, en el mar, un suave oleaje batía la playa con mansedumbre.

—Me pregunto qué estarán pensando de mí —dijo ella al cabo de un momento.

—¿Quiénes, Tamara?

—Oh, mucha gente… Mis amistades, mis administradores… los hombres a quienes desdeñé, en especial John Perry…

—Perry fue el último, ¿no?

—Sí, Mark.

—¿También sintió hacia él la misma repulsión?

Tamara hizo un gesto de asentimiento, Cynant se puso en pie y se acercó a la joven.

—Tamara.

Ella se volvió. Había una luz extraña en sus ojos.

Lentamente, en silencio, los brazos de Cynant se cerraron en torno a su esbelto talle. Tamara se estremeció vivamente al sentir el contacto masculino en su cuerpo.

—Mark —musitó.

La cabeza del joven se inclinó un poco. Tamara presintió lo que iba a suceder.

Esperó ansiosamente el momento crítico. Ahora, una vez más, rechazaría al hombre, presa de una invencible repugnancia.

Pero no sucedió nada de lo que temía. Todo llegó, sencillo y natural, sin la mayor violencia psíquica. Con júbilo indescriptible, Tamara se encontró a sí misma.

* * *

Un rayo de sol dio en los ojos de Tamara. Tendida sobre una manta situada sobre el césped, dio media vuelta sobre sí misma y tanteó con la mano.

—Mark... —llamó lánguidamente.

—Estoy preparando el desayuno, querida.

Ella se sentó en el acto. Extendió los brazos y respiró a pleno pulmón la fresca brisa de la amanecida.

Percibió el aroma del café recién hecho. Se puso en pie y, tras ahuecarse ligeramente el cabello, caminó hacia el joven.

—Mark —repitió.

Cynant se volvió.

Tamara le miraba con una sonrisa de radiante felicidad.

El joven se puso en pie y la abrazó. Ella le miró.

—Me siento enormemente dichosa —confesó ella.

—¿De veras? —sonrió Cynant.

—Créeme, Mark. Todos mis males han desaparecido… Pero… ¿Por qué ha sucedido esto?

—Verás —contestó él—. ¿Recuerdas lo que hablamos cuando yo estaba convaleciente?

—Sí, desde luego; y entonces dijiste que no querías parecer impertinente, Mark. Pero yo no creo que lo seas. ¿Por qué? Tú pareces conocerme mejor que nadie. Explícamelo, te lo ruego. No creo que ello sea debido solamente al hecho de encontramos los dos solos…

—En buena parte, sí, Tamara.

—Pero si yo no me hubiese enamorado de ti…

—Ése es el motivo principal, no hay duda. Posees la suficiente reciedumbre de carácter para no ceder si no es con plena consciencia de tus acciones. Pero en lo que ha ocurrido, además, existe un poderoso motivo, no expresado, porque late en nuestro subconsciente.

—¿Cuál es ese motivo, Mark?

—La supervivencia. El ansia instintiva de sobrevivir, no sólo tú misma, sino en tu descendencia. Es una ley física natural, inmutable, que el hombre puede dominar merced a su inteligencia, pero que se revela activamente en determinadas circunstancias psíquicas y ambientales.

—Como las que nos envuelven a nosotros.

—Exactamente, querida.

De repente ella le abrazó por la cintura y hundió la cara en su pecho.

—No me importa por lo que sea, Mark —dijo con vehemencia—. El hecho indudable es que te quiero y que no me importará vivir aquí contigo, sola, toda mi existencia.

—Dentro de unos años quizá no estemos tan solos como supones, Tamara.

—¡Oh! —exclamó ella, fuertemente ruborizada.

Un singular olor les llegó en aquel momento.

—¡Se quema el tocino! —gritó él, separándose de Tamara.

La joven reía estruendosamente. La sartén estaba ya en llamas y Cynant la arrojó a un lado.

—Tendré que lavarla y poner más tocino——dijo—. ¿Quieres una taza de café, mientras tanto?

—Bueno —aceptó ella, mientras se inclinaba para recoger uno de los pocillos—. Mark, ¿qué me hizo perder aquel endiablado humor que me poseía casi continuamente?

—Quizá fueron los seis días de «purgatorio» que te impusiste voluntariamente apenas embarcaste contestó él, mientras le llenaba el recipiente—. Y luego, la verdad, no hubo apenas ocasión para que lo sacaras a relucir.

—Hay una cosa que lamentaré mientras viva, y es la muerte de aquellos pobres tripulantes. Yo soy la culpable, ¿comprendes?

—¿Tú? ¿Y por qué no yo, puesto que puse rumbo al sur? Igual podía haber zarpado con rumbo norte ¿verdad? Sólo se es culpable de un accidente cuando se puede prever y no se evita, pero lo que nos sucedió era totalmente imprevisible, Tamara.

—Sí, eso es cierto, Mark, ¿sabes que no echo de menos en absoluto la vida que llevaba antes?

—Quizá por lo que tiene ésta de novedad para ti sugirió Cynant —. Pero me gustaría que siempre fuera así. Temo que un día llegues a cambiar…

Ella le dirigió una intensa mirada.

—No lo creo, Mark —contestó—. He encontrado un nuevo aliciente para vivir y, como te dije anoche, me he hallado a mí misma. De todos modos, cuento con tu ayuda si un día me vieras

desfallecer.

—La tendrás siempre que me necesites —prometió él sencillamente.

—Pero también podríamos intentar regresar a la Tierra, ¿no crees?

—La aguja del compás se ha estabilizado en cierto modo, pero ignoro las marcaciones de este planeta y también desconozco la posición del polo magnético. De todas formas, quedan años para explorar este mundo y quizá llegue un día en que podamos tener esa información de que ahora carecemos. Entonces sería cosa de intentar el regreso… pero ¿estamos seguros de que volveríamos? ¿No iríamos a parar a otro planeta desconocido?

—Sería horrible —exclamó—. No, Mark, prefiero quedarme a vivir aquí para siempre.

Cynant le dirigió una cálida sonrisa, a la vez que oprimía su brazo con suavidad. Luego se dirigió al arroyo para dejar la sartén de nuevo en condiciones de utilización.

Estaba a mitad de la tarea cuando, de repente, se sintió fuertemente sobresaltado por un grito de Tamara.

—¡Mark! ¡Creo que estoy viendo un barco en el horizonte!

* * *

La altura del campamento sobre la playa era de unos cincuenta o sesenta metros, cosa que les proporcionaba una excelente atalaya. Durante largo rato, Mark estuvo oteando el horizonte con los prismáticos, hasta que desistió del empeño.

—Si lo era, ha seguido navegando —dijo—. Pero no estamos muy seguros de que fuese otra cosa, Tamara.

—Era una manchita blanca que se movía muy lentamente, Mark.

—Lo sé, pero desapareció en seguida bajo la curvatura del horizonte. Es una lástima que no nos hayamos dado cuenta antes; podríamos haberle hecho señales de humo con una buena hoguera.

—¿Qué me dices de la radio?

—¿Sabemos siquiera si esa manchita blanca era una vela? Por lo poco que hemos podido ver, los indígenas no están tan avanzados como para haber pasado del estadio de la navegación a vela y aun ello me parece un formidable adelanto. De todas formas, no estará

de más recoger leña en abundancia y estar prevenidos.

—Sí, Mark. Formaremos un buen montón y lo tendremos continuamente preparado, para encenderlo apenas sea preciso. ¿Te parece bien?

—Es una excelente idea —aprobó.

—Puesto que vamos a quedarnos aquí, me gustaría entablar relaciones con los nativos. Creo que podríamos sernos muy útiles recíprocamente, ¿no te parece?

—Si consiguiéramos ganamos su confianza, no lo dudo. Y ello, a la larga, reportaría gran cantidad de ventajas mutuas. En fin, mientras llega ese momento, vamos a ver si de una vez consigo preparar este condenado desayuno.

Cynant se volvió, mientras ella quedaba observando el mar con los prismáticos. De pronto, oyó la voz del joven a sus espaldas;

—Tamara, si de veras deseas entablar relaciones con los nativos, creo que ha llegado el momento de iniciarlas.

CAPÍTULO X

Tamara se volvió velozmente. Apenas si pudo ahogar un grito de sorpresa, brotado instintivamente de su garganta.

Delante de él, Cynant extendió el brazo izquierdo, mientras su mano derecha se posaba prudentemente sobre la culata del revólver. Había un grupo de gente a poca distancia, compuesto por ocho o diez personas.

Tamara observó que eran anatómicamente mejor proporcionados que los salvajes que le habían atacado. Vestían con pieles más cuidadas y su aspecto era asimismo mucho más limpio y aseado.

El grupo estaba compuesto por lo que parecía un matrimonio de cierta edad, una pareja de jóvenes y tres o cuatro muchachos de edades comprendidas entre los ocho y doce años. La mujer más joven llevaba en brazos un niño de corta edad, envuelto en pieles. Tamara observó que era una mujer de notable belleza, a lo que contribuía la nota exótica de su piel color canela, tono debido más a la continua vida al aire libre que a características raciales.

Ellos, los hombres, e incluso el muchacho de más edad, iban armados con cortos venablos, arcos y flechas y cuchillos de factura mejor que los que ya conocían. No cabía duda que su grado de civilización era mucho más avanzado.

El hombre de más edad habló algo incomprensible. Cynant contestó por señas que no le entendía.

—Parecen venir en son de paz —comentó.

—Eso creo yo —convino Tamara—, porque, de otro modo, ya nos habrían atacado. Pero ¿qué es lo que quieren, Mark?

—Esto es una pequeña tribu y el hombre de más edad su jefe…

—Mira, está diciendo su nombre —le interrumpió ella.

Cynant aguzó el oído. Una palabra, repetida varias veces, llamó especialmente su atención.

—Galik —dijo.

—Galik, Galik —repitió el nativo con mesurado alborozo. Luego señaló al niño que la joven madre tenía en brazos y dijo algo absolutamente incomprensible.

——Me siento furioso —dijo Cynant—. Si al menos pudiéramos entenderlos…

De pronto, la joven madre avanzó hacia ellos y tendió los brazos con los que sustentaba al chiquillo. Cynant vio que tenía los ojos cerrados y el rostro muy encarnado.

Avanzó hacia la nativa y observó con satisfacción que ella no retrocedía. Puso la mano en la frente del chiquillo y la notó ardiendo.

—Tiene fiebre, Tamara —dijo.

—Entonces ya sé qué es lo que quieren —contestó ella.

—Sí, quieren que les curemos el niño.

—¿Tenemos medicinas, Mark?

—¿De qué nos servirían si desconocemos el origen de la fiebre, Tamara?

De pronto, poseído por una súbita inspiración, tomó al niño en brazos y lo depositó en el suelo. La madre no opuso la menor resistencia.

Cynant quitó las pieles que envolvían al bebé, cuya edad calculó en poco más de un año y empezó a palparle el vientre con las manos. Un minuto después, dijo:

—Observo una fuerte turgencia en el lado derecho, entre el estómago y la ingle. Eso es la causa de la fiebre, Tamara.

—Algún empacho, ¿no?

—Apendicitis.

Tamara contuvo un gemido de espanto.

—¿Cómo decirle a esta pobre madre que el niño no tiene salvación? —exclamó.

Los otros indígenas les contemplaban con infinita curiosidad. Incluso los críos pequeños parecían haber abandonado sus juegos.

—No todo está perdido, Tamara —dijo Mark, después de haber cubierto de nuevo al enfermo—. Voy a ir a bordo; en el botiquín tengo unas ampollas para vacuna por vía oral, a base de cultivos de

estafilococos muertos, que pueden reducir la infección del apéndice, Los frigoríficos están funcionando, de modo que traeré hielo para bajar la temperatura de la zona afectada. Mientras tanto, busca tela para unas compresas y mójalas en el agua del torrente. Renuévalas continuamente hasta que vuelva, ¿entendido?

Ella le contempló con admiración.

—¿Has estudiado medicina, Mark?

Cynant se echó a reír.

—No, sólo primeros auxilios, puesto que no había médico a bordo. Pero, claro está, tuve que aprenderme los síntomas de unas cuantas enfermedades para poder diagnosticarlas y aplicar el tratamiento si no tenían demasiada gravedad.

Ella le puso una mano en el brazo y le dirigió una intensa mirada.

—Vuelve pronto, querido —rogó—. Si lograses curar a este chiquillo, habríamos dado un paso de gigante para entablar conocimiento y amistad con estas buenas gentes.

—Haré todo lo que pueda —prometió él.

* * *

Cynant levantó el termómetro y consultó las indicaciones de la columna mercurial.

—Treinta y siete grados y nueve décimas —dijo—. En veinticuatro horas, es un avance muy sustancial, Tamara.

—Sobre todo teniendo en cuenta que la primera toma dio cuarenta grados y dos décimas —contestó ella—. Puede decirse que el niño saldrá adelante, pero ¿no se reproducirá el ataque?

—En una persona mayor, tal vez, pero no en un chiquillo en constante período de crecimiento. Dentro de otras veinticuatro horas estará completamente limpio de fiebre y pasado mañana gateará y jugará como si nada le hubiera pasado.

Tamara miró a la madre que, arrodillada a un paso, escuchaba ávidamente el diálogo, como esforzándose por comprender un lenguaje ininteligible para ella. A veinte pasos, la mujer de más edad, vigilaba un fuego, mientras los chiquillos retozaban y saltaban por la hierba.

Los dos hombres y el muchacho mayor se habían marchado

después de amanecer, sin dar indicación alguna de sus intenciones. Cynant propinó al enfermito otra dosis de la vacuna, con la ayuda de un cuentagotas, y luego lo envolvió de nuevo en las pieles.

La madre sonrió. Ya conocían su nombre. Se llamaba Weenia. A ratos, habían conversado por señas, llegando a averiguar que no eran ellos los únicos habitantes de la comarca. Había muchos más, todos de la misma raza, que vivían generalmente al aire libre, aunque llegado el invierno se refugiaban en cuevas.

—Bueno, y entonces, ¿por qué no vimos nosotros a ninguno, en quince días de exploración? —preguntó Tamara, con los brazos en jarras.

—Querida, parte de la exploración se hizo en jeep, animal completamente desconocido para ellos. Si nos vieron primero sobre el vehículo y luego a pie, entenderían que éramos unos seres muy poderosos y se abstuvieron de hacerse visibles. Por supuesto, ni siquiera intentaron atacarnos.

—Y ahora, estos vinieron, desesperados, para ver si podíamos sanar al pequeño.

—Probablemente, en alguna ocasión, habrán visto un enfermo con los mismos síntomas que, indiscutiblemente, ha tenido que sucumbir. El ansia de intentar salvar la vida del pequeño pudo más que cualquier otro sentimiento de temor.

—Sí, es cierto. —Tamara miró a Weenia y sonrió—. Es muy guapa, Mark.

—Han evolucionado física y mentalmente más que los otros. También pasa esto todavía en nuestro planeta, Tamara.

A medida que avanzaba el día, los síntomas de mejoría se acentuaban. Al caer la tarde, volvieron los dos hombres y el muchacho.

Dos adultos y un aprendiz de cazador —calificó Cynant.

Galik y el muchacho eran portadores de sendas bolsas hechas con pieles, repletas de frutos y vegetales. Yassi, el esposo de Weenia, traía sobre los hombros el cadáver de uno de aquellos animales tan parecidos a los cervatillos terrestres.

Galik se acercó al enfermo y habló brevemente con Weenia. Ésta le contestó algo, a la vez que sonreía con muestras de evidente júbilo.

Galik se alejó. Momentos después, volvió con una de las bolsas

llenas de frutos y vegetales, la cual depositó a los pies de los terrestres.

—Nos la ofrece a nosotros, Mark —exclamó Tamara, maravillada.

—Es el precio de los trabajos del doctor y de su enfermera —contestó Cynant, sonriendo.

Yassi vino poco después, con una pierna de la res que había cazado. Tamara se sentía exultante de júbilo.

—Casi… creo que nos consideran como dioses… —dijo.

—Es posible —concordó él gravemente—, pero, por tu parte, no adoptes jamás esa postura delante de estas buenas gentes, Tamara. No me gustaría que tu antigua personalidad surgiera de nuevo a la superficie.

Ella enrojeció vivamente, al comprender el sentido del reproche.

—Lo dije de manera instintiva —declaró—. Pero no pensaba en ello de una manera seria, te lo juro.

Cynant sonrió, mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

—Me agrada tu respuesta —murmuró.

Por la noche, en un momento de descanso, echados el uno junto al otro, con la cabeza reposando en el hombro de Cynant, Tamara dijo:

—Me gustaría muchísimo fundar una ciudad, enseñar a estas gentes muchas cosas que ignoran, construir armas…

—Herramientas —corrigió él—. Sobre todo, herramientas.

—Sí, pero a veces han sufrido incursiones de los salvajes. Tendríamos que defendernos y… Podríamos hacer tanto en su favor…

—Querida, queda mucho tiempo por delante. Tenemos toda la vida para hacer realidad esos planes apenas esbozados.

—Sí, es cierto, nos queda toda la vida, Mark.

Tamara volvió los ojos y le miró. Él la miró también.

Permanecieron callados unos momentos. Luego, Tamara vio que una sombra, la de la cabeza de Mark, le ocultaba las estrellas.

Tres días más tarde, los nativos levantaron el campamento y se fueron.

—Vaya —resopló ella, indignada—. Nos dejan, Mark. Y ni siquiera nos han dado las gracias…

—Te han traído frutos y carne, Tamara, pero, además, ¿les

ayudaste por egoísmo o por solidaridad humana?

Ella le abrazó estrechamente.

—Perdóname, soy una egoísta —dijo—. Pero me hubiera gustado tanto que se hubiesen quedado aquí…

—Conocen el lugar donde hemos establecido nuestro campamento. Volverán, te lo aseguro.

—Así lo espero, Mark —declaró ella, todavía apoyada en su hombro. De pronto, lanzó una exclamación—: Espero que lo que ahora estoy viendo no sean visiones.

Cynant se sobresaltó.

—¿Qué dices, Tamara? —inquirió.

—Mark, la respuesta es: ¡Barco a la vista!

* * *

—Bueno —resopló Cynant—, después de la Edad de Piedra hemos pasado a las vísperas de la Edad del Bronce, pero ahora, de un solo salto, hemos llegado a la edad del gas-oil.

—¿Qué dices? —exclamó ella, sorprendida.

—Sencillamente, el barco que se dirige hacia aquí está movido por un motor de combustión interna. Veo una pequeña chimenea y una leve columna de humo, así que dime tú qué significa esto.

Tamara tomó los prismáticos. El buque estaba aún a suficiente distancia como para no captar demasiados detalles.

—La construcción parece enteramente terrestre, pero no creo que lo sea —dijo.

—¿Y si se trata de un barco que ha llegado aquí de la misma forma que nosotros?

—Resultaría increíble, Mark.

—Para el que no pueda verlo, pero no para nosotros.

El barco navegaba a buena velocidad, dejando tras sí una estela, de blancas espumas. De pronto, viró ligeramente y Cynant pudo ver casi por completo el costado de estribor.

También pudo ver la popa y en ella una bandera ondeando al extremo de un mástil, Cynant bajó los prismáticos y volvió los ojos hacia Tamara.

—Es un buque de los Estados Unidos —declaró sensacionalmente.

CAPÍTULO XI

En realidad, se trataba de un crucero de recreo de gran envergadura, unos cuarenta metros de eslora. En la proa se veían varios tripulantes, señalando con excitación hacia la costa.

El barco ancló a corta distancia de la goleta.

—Me parece que lo conozco —dijo Tamara—.

—Lleva tu nombre —contestó él, mirándola de soslayo.

—Entonces, ya no hay duda posible. Conozco el barco y también a su dueño.

—¿Quién es?

Tamara calló. Cynant se extrañó de su silencio, pero no quiso decir nada.

Una pequeña motora fue arriada de los pescantes. Cuatro hombres tomaron plaza a bordo y la embarcación se dirigió rectamente hacia la playa.

—Salgamos a su encuentro —propuso Cynant.

La pareja llegó a la playa, justo cuando el bote tocaba la arena. Sus tripulantes desembarcaron en el acto. Uno de ellos, con gorra en la que se veían las insignias de capitán, se les acercó sin vacilar.

—¿Cómo están? —saludó cortésmente—. Soy Lex Zillotti, capitán de la nave que ven ahí, junto a la de ustedes.

—Mark Cynant, capitán de la goleta «Pandora» —dijo el joven —. Ésta es la señorita Tamara Potter —Hill. Nos sentimos encantados de darle la bienvenida a usted y a sus hombres, capitán Zillotti.

El recién llegado les contempló con curiosidad, especialmente a la joven. Era un hombre alto, delgado, de fino bigotito negro y ojos sagaces.

—Una curiosa coincidencia —dijo—. Si tienen la bondad de subir a bordo, les presentaré a alguien conocido.

—Se llama John Perry, supongo —dijo Tamara.

—Sí, ¿cómo lo ha adivinado? —exclamó Zillotti.

—Conozco el barco, capitán, pero no sabía que usted lo mandase en la actualidad.

—El señor Perry cambió totalmente la tripulación antes de emprender el viaje —dijo Zillotti, a la vez que movía la mano derecha—. Suban a bordo, por favor.

Tamara y Cynant embarcaron en la lancha, que inmediatamente emprendió el regreso al barco. Receloso, Cynant observó en aquellos momentos algo que no le agradó.

Todos guardaban un silencio impenetrable, a excepción de Zillotti, que hablaba volublemente, aunque sin profundizar en nada. Dos de los tripulantes iban armados con sendas pistolas ametralladoras y tanto Zillotti como el motorista disponían de un revólver cada uno.

La motora atracó junto al crucero. Tamara y Cynant subieron ágilmente a la cubierta. Había más marineros, cuatro o cinco, todos ellos armados, formando un semicírculo de inconfundible significado frente a la pareja.

—¡Capitán Zillotti! —exclamó el joven—. ¿Quiere explicarnos los motivos de este recibimiento?

Una mano, actuando rápidamente por detrás, le desposeyó de su revólver. A Tamara le sucedió una cosa análoga con su rifle.

Ella protestó. Cynant crispó los puños.

—Encuentro su actitud improcedente, capitán Zillotti —dijo—. Aunque también podría calificarla con mucha mayor dureza.

Zillotti soltó una risa siniestra.

—Dentro de unos minutos obtendrán las explicaciones que tanto desean —contestó—. Caminen, por favor.

Cynant y Tamara se vieron constreñidos a obedecer, bajo la amenaza de las armas. Momentos después, descendían a la cámara de popa.

Zillotti hizo girar una llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Entren —invitó con sardónica sonrisa—. Ahí tienen quienes les explicarán lo que sucede.

Tamara y el joven cruzaron el umbral. Había dos hombres en la cámara, uno de ellos tendido en una de las literas, enfermo al parecer. El otro era un individuo de unos sesenta años, algo cargado

de hombros y con el pelo totalmente blanco.

—Hola —saludó el anciano con triste sonrisa—. ¿También les han hecho prisioneros esos miserables?

Tamara lanzó una mirada al enfermo.

¡John Perry! —exclamó—. ¿Qué le sucede? ¿Padece algún mal, señor?

—Está agonizando —contestó lacónicamente el viejo.

* * *

Tamara se acercó al lecho. Perry tenía los ojos cerrados y respiraba fatigosamente.

—Soy el doctor Justus K. Lawrence —se presentó el hombre del pelo blanco.

—El autor de la teoría de la ruptura… —dijo Cynant con sorpresa.

—El mismo —sonrió Lawrence—. Veo que la conoce usted.

—Así es, doctor —contestó el joven. Hizo las presentaciones y luego preguntó—: ¿Qué les ha sucedido?

Lawrence suspiró.

—Es un poco largo de contar —respondió—, pero se lo diré todo, capitán Cynant, señorita Potter-Hill.

Tamara no dijo nada. Inclinada sobre el lecho, contemplaba con profunda pena al agonizante.

Levantó un poco el embozo de las sábanas. El pecho de Perry estaba envuelto en vendajes.

—Hubiera podido salvarse, pero esos piratas le dejaron veinticuatro horas tendido sobre la cubierta, sin permitirme que le auxiliara —dijo Lawrence—. La pérdida de sangre es lo que le causará la muerte.

—¿No hay posibilidad de una transfusión, doctor? —consultó Cynant—. Oh, claro, usted no es doctor en medicina…

—Se equivoca, también lo soy —sonrió Lawrence tristemente—. Pero aparte de que no hay a bordo elementos suficientes para esa transfusión, ya es demasiado tarde. Apenas hace una hora que me permitieron curarlo y traerle a la cámara y el «shock» es demasiado fuerte para poder superarlo.

—Un día entero herido y sin permitir que lo atendiesen —

exclamó Tamara indignada—. Pero ¿de qué clase de pasta están hechos esos granujas?

—No tienen conciencia —respondió Lawrence—. Nos hicieron prisioneros inopinadamente, después de una violentísima discusión. Estuvimos varios días encerrados. Perry dijo que iba a intentar apoderarse de una embarcación para huir adonde fuera. Tuvo mala suerte y recibió un tiro en un pulmón. Como venganza, el capitán Zillotti dispuso que muriera como un perro, abandonado en la cubierta. Sólo cuando avistamos señales de vida, consintió en que yo lo atendiese, para que su cuerpo no fuese visto desde el exterior.

—Zillotti no me parece un tipo común y corriente, sino más bien un forajido —dijo Cynant—. ¿Me equivoco, doctor?

Lawrence suspiró.

—No, capitán, no se equivoca —confirmó—. Perry había despedido a la anterior tripulación después de, por lo visto, ponerse de acuerdo con Zillotti. No está bien hablar así de un hombre que agoniza, pero, al parecer, se había metido en algunos negocios poco limpios de contrabando. Creo que sus finanzas no andaban muy boyantes y esperaba rehacerse. —Lawrence miró a la joven—. Usted rompió con él y eso echó abajo sus proyectos de recuperarse económicamente.

—Lo siento, doctor —dijo Tamara—, pero, créame, no fue un rompimiento caprichoso, ni tampoco lo hice porque supiera nada de eso que acaba de contar.

—Algún día le explicará ella por qué canceló el compromiso con Perry, doctor —añadió Cynant.

—Sí, ya me imagino que debió existir una razón poderosa para realizar una acción semejante. Pero Perry se engañó con respecto a Zillotti y resultó que éste quería el yate para sus fines particulares. Claro que cuando se dio cuenta, ya estábamos en este planeta.

Y entonces protestó.

La protesta vino de una salvajada que cometieron Zillotti y sus hombres con unos nativos.

—¿Unos seres que parecen pertenecer al Neolítico? —preguntó Tamara.

—Sí —contestó Lawrence, sorprendido—. ¿Los han visto ustedes?

—Tuve el dudoso honor de recibir un flechazo —sonrió Cynant

—. Estuve curándome la herida durante casi un mes.

—A nosotros, el encuentro con los salvajes, nos costó las bajas de dos tripulantes. Zillotti no hubiera tomado represalias, pero al abandonar ellos el campo, asustados por nuestros disparos, encontraron proyectiles y armas hechos de bloques enormes de piedras preciosas.

—Lo mismo que nosotros —dijo Cynant—. Siga, doctor.

—Como comprenderán en unos sujetos de tan pésima catadura moral, la vista de las gemas excitó su codicia e idearon realizar una expedición en busca de más piedras preciosas. Encontraron una aldea troglodita e hicieron una espantosa matanza entre los nativos, cazándolos como a simples conejos. Cuando regresaron al barco, venían abrumados por el peso de las gemas conseguidas.

—Y entonces se produjo el incidente.

—Sí. Nos pusieron bajo llave, pero Perry no se resignaba y… En fin, ahí tienen el resultado.

El agonizante respiraba cada vez con mayor dificultad. Cynant se acercó a él y le tomó el pulso, que encontró débil y arrítmico.

Recobró el conocimiento un par de veces, pero cuando vino aquí, lo había vuelto a perder... No creo que lo recobre —dijo Lawrence tristemente.

Tamara se puso a llorar y ocultó la cara entre las manos. Cynant hervía de furia.

—Se lo haré pagar caro —prometió, a la vez que crispaba los puños.

Perry abrió los ojos en aquel momento. Vio a Tamara y sonrió débilmente.

—Creo que ya estoy… en el cielo… —dijo con voz apenas perceptible. Extendió una mano y ella la cogió entre las suyas—. Tamara…

Perry calló. Tamara estuvo así unos momentos. De pronto, sintió que cesaba la ligera tensión que había en la mano del agonizante.

Lawrence se acercó al lecho, tomó el pulso de Perry y al cabo de unos momentos, en el más completo silencio, le cruzó los brazos sobre el pecho y luego le cubrió la cara con las sábanas.

Tamara volvió a sollozar. Cynant la atrajo hacia sí y ella se refugió en sus brazos.

Durante un rato, ninguno de los tres se atrevió a pronunciar una

sola palabra. Poco a poco, Tamara se fue calmando. Separóse de Cynant y miró a Lawrence.

—Doctor, ¿conoce usted los proyectos de esos piratas?

Lawrence se encogió de hombros.

—Tengo entendido que quieren regresar a la Tierra —contestó —. Y es lógico, puesto que sólo allí podrán disfrutar del botín obtenido.

—¿Cree que hay modo de conseguirlo, doctor? —preguntó Cynant.

Lawrence hizo un signo negativo.

—A decir verdad, lo estimo difícil, por no mencionar la palabra imposible —contestó.

CAPÍTULO XII

—Después de lo que he podido ver, yo creo que esta ruptura de la continuidad espaciotemporal sólo se da entre planetas de semejantes características y únicamente cuando se encuentran en determinadas posiciones en el universo —habló Lawrence—. Como ustedes también han podido comprobar, este planeta es muy parecido a la Tierra, salvo que tiene un diámetro ligeramente inferior y, por tanto, menor gravedad también.

—Yo le he calculado un diámetro de unos once mil kilómetros y una gravedad cero coma nueve con respecto a uno cero cero de la Tierra —dijo Cynant.

—Son unas cifras muy aproximadas —confirmó el científico—. Si tomamos el plano espacial que pasa por las constelaciones de las dos Osas, resulta que la Tierra y este planeta se hallan justamente frente el uno del otro, separados por esa hipotética barrera que acabo de citar. Pero, en determinados momentos, se producen ciertos pliegues en el espacio y los dos planetas, aun separados por centenares de años luz, están muy próximos entre sí, tanto que prácticamente están tocándose. La colisión es imposible, desde luego, puesto que, pese a su proximidad-separación, se hallan en distintos niveles de la continuidad espacio-tiempo. No sé si lo comprenderán, pero es la forma más sencilla en que puedo expresarme.

—Le entendemos perfectamente, doctor —dijo Tamara—. Continúe, por favor, se lo ruego.

—Cuando se produce esa semicolisión, se trasvasan elementos de un planeta a otro y viceversa, por lo general, aire y agua, lo que en la Tierra produce formidables tempestades, como, seguramente, la que les sorprendió a ustedes. Y a nosotros también, claro. Si hay

algo que se encuentra en el centro de esa tempestad, corre el peligro de ser destruido o trasladado de planeta.

—Eso lo entiendo perfectamente, doctor, pero yo recuerdo casos de barcos y aviones que desaparecieron misteriosamente. Si llegaron aquí ¿cómo es que no hemos sabido nada de ellos? —preguntó Cynant—. Los aviones, lógicamente, pudieron quedar destruidos, pero no los barcos, y entre los dos más importantes, transportaban miles de personas, pasajeros y tripulación. Ya sabríamos algo de ellos, ¿no cree?

—¿Qué hicieron ustedes cuando se vieron lanzados a aquella especie de catarata? —preguntó Lawrence.

—Nada, ni siquiera dimos marcha atrás. Nos dejamos llevar, creyendo que moriríamos.

—Ahí está la respuesta. Los capitanes de otros barcos, con toda seguridad, ordenaron dar marcha atrás, con lo que, involuntariamente, originaron la catástrofe al resistirse a la fenomenal fuerza de tracción que tendía a traerlos hasta aquí. Luchar con un huracán, cuando no se dispone de potencia suficiente, no es bueno; lo mejor es dejarse llevar por él, ¿comprenden?

—Eso explica todo —dijo Tamara—. Los aviones, naturalmente, caerían…

—Lo más posible es que los pilotos intentasen virar en redondo y entonces los aparatos resultaron destruidos. Si hubiesen seguido volando en línea recta, ahora estarían aquí.

—A mí hay una cosa que me preocupa, doctor —manifestó Cynant.

—Hable, capitán.

—Se trata del salto que hemos dado. Hemos llegado aquí, a un planeta prácticamente en la Prehistoria, procedentes de un mundo donde ya se ha iniciado la aventura espacial. ¿Por qué no podrían hallarse los habitantes de este planeta en un análogo estado de civilización?

Lawrence sonrió.

—Antes he hablado de las diferencias en la continuidad espacio-tiempo —contestó—. No hay duda de que, en efecto, los habitantes de este mundo están mucho más atrasados que nosotros, pero ello no es culpa suya, sino de la evolución de la vida en el planeta.

Ahora bien, imagínense que sucede lo contrario, es decir, un nativo resulta trasladado a la Tierra.

—Llegará a una civilización adelantada a la suya en diez o doce mil años, ¿no les parece?

—Una respuesta esclarecedora, pero sólo hasta cierto punto —objetó Cynant—, Nosotros encontramos una ciudad muerta, con señales de haber sido abandonada hace milenios.

—Sí, lo sé; también nosotros la encontramos. Pero ¿cuántas ciudades muertas no hay escondidas bajo las selvas brasileñas, bajo las arenas del Sahara o quizá bajo centenares de millones de toneladas de piedra y roca removidas en algún gigantesco cataclismo en el Himalaya? Fueron, tal vez, civilizaciones adelantadas, pero estancas, sin comunicación con los vecinos, entendiendo por vecinos a los habitantes de un mismo planeta. Esas civilizaciones se extinguieron y sus conocimientos y adelantos perecieron con ellas.

—En este caso, una sequía, originada tal vez por un brusco cambio del eje del planeta, pudo causar la muerte de aquella ciudad y sus moradores.

—Muy probable —convino Lawrence.

De pronto, Tamara agarró un brazo de Cynant y le dirigió una mirada de súplica.

—Mark, ya hemos hablado bastante —dijo—. Tenemos una penosa obligación que cumplir.

Cynant hizo un signo de asentimiento. Giró sobre sus talones, se acercó a la puerta y la aporreó con fuerza.

* * *

El capitán Zillotti, las manos en las caderas y una sonrisa cínica en los labios, miró a los prisioneros desde el umbral. Detrás de él había dos marineros armados con sendas pistolas ametralladoras.

—El señor Perry ha muerto —dijo Cynant—. Nos gustaría que nos permitiese cumplir con él como cristianos.

—No se preocupe, Cynant; mis hombres se encargarán de ello —respondió Zillotti—. ¿Puedo servirles en algo más?

Tamara adelantó un paso con vehemencia.

—Sí, capitán —exclamó—. Queremos que nos diga hasta cuándo

va a durar nuestro encierro.

Zillotti examinó críticamente a la joven.

—De los tres que hay aquí, necesitamos solamente a uno —respondió—. Me refiero a usted, doctor Lawrence.

—No entiendo por qué me necesitan —manifestó el aludido.

—¿Es usted tonto? Somos inmensamente ricos, pero aquí no podemos disfrutar de esas riquezas. Por tanto, es obvio que le necesitamos para que nos devuelva a la Tierra.

—Eso no depende de mí, capitán, sino de las circunstancias —respondió Lawrence—. Y puede que no vuelvan a repetirse jamás.

Zillotti frunció el ceño.

—No me gusta que diga eso, doctor. Tiene que encontrar el medio para hacemos regresar y lo encontrará, aunque por ahora, la verdad sea dicha, no tenemos grandes prisas.

De pronto se echó a reír.

—Una de mis patrullas ha encontrado señales de vida —añadió—. Dicen que vieron mujeres jóvenes y bonitas. Aquí estamos un poco aburridos y nos gustaría divertimos algo antes de intentar el regreso.

Tamara se quedó aterrada.

—¿Quiere decir eso que van a emprender una expedición para raptar mujeres nativas? —preguntó.

—Exactamente. —Zillotti le guiñó un ojo con notable cinismo—. Claro que, bien pensado, usted podría ser la presa que corresponde al capitán.

Tamara se sofocó violentamente y fue a decir algo. Cynant se le adelantó:

—¿Sabe, Zillotti? A usted le faltan dos cosas en su atuendo —dijo.

—¿Cuáles, por favor? —preguntó el forajido, sonriendo burlonamente.

—Una pata de palo y un parche negro en uno de sus ojos.

Zillotti respingó, pero luego se echó a reír.

—Sí, es probable que tenga usted razón, Cynant —admitió con desenvoltura. De pronto, se llevó dos dedos a los labios y emitió un fuerte silbido—. Por fortuna, conservo mi vista y tengo mis piernas intactas.

—Una pregunta, Zillotti —habló Cynant—. ¿Cuándo piensan

emprender la expedición para procurarse esclavas?

—Hoy ya es un poco tarde —contestó Zillotti—. Mañana por la mañana, apenas amanezca.

Dos hombres entraron en la cámara. Zillotti les señaló el cadáver.

—Hay que ponerle un peso a los pies —indicó.

—Bien, capitán.

Los forajidos cargaron con el cadáver. Zillotti se dispuso a cerrar.

—Más tarde les traerán de cenar —indicó—. Cuidado con intentar la fuga; hay siempre un hombre ante la puerta, con la orden de disparar a matar si es necesario.

Los prisioneros se quedaron solos. Tamara dirigió a Cynant una ansiosa mirada.

—Mark, el barco se quedará casi solo mañana. Entonces sería el momento de intentar la huida —dijo con vehemencia.

Cynant meneó la cabeza.

—Será antes —manifestó—. No sólo hemos de pensar en nosotros, sino en esas pobres gentes que corren el riesgo de ser víctimas de una matanza… sólo los hombres, porque a las mujeres las respetarán, ya puedes imaginarte con qué fines.

Tamara se estremeció.

—No lo permitas, Mark, no lo permitas —rogó.

* * *

El silencio era absoluto a bordo de la nave. Cynant se acercó de puntillas a la puerta y escuchó unos instantes. Luego regresó al centro de la cámara.

—Ustedes vigilen aquí —indicó—. Si oyen algo sospechoso, carraspeen ligeramente. Yo ya les indicaré cuándo he terminado. ¿Entendido?

—De acuerdo, Mark —contestó Tamara con ojos muy brillantes.

Cynant pasó al cuarto de baño y estudió un momento el suelo, recubierto de aislante tipo linóleo. Debajo había tablas.

Los portillos habían sido asegurados no sólo por dentro, sino por fuera, de modo que aquella posible vía de escape quedaba inutilizada. Pero Cynant era hombre que conocía los barcos.

Lawrence le había prestado su cortaplumas, herramienta de la que él carecía y de la que juró no prescindir jamás, si salía con bien de la aventura. Abrió la hoja y empezó a cortar lenta y tenazmente el revestimiento de sustancia plástica.

Levantó un buen trozo, dejando al aire casi todo el pavimento del cuarto de baño. Luego empezó a aflojar los tornillos que sujetaban las tablas a las vigas transversales.

Después de quitar la primera tabla, escuchó atentamente. Debajo estaba la bodega de carga. Quitó varias tablas más y entonces quedó al descubierto un hueco suficiente para poder pasar a través de él sin dificultad.

Una vez hubo terminado la tarea, silbó tenuemente. Tamara y Lawrence comparecieron en el acto.

—Lo has conseguido —musitó ella.

—Sí. Cierra la puerta del baño y pasa el cerrojo.

Tamara obedeció. Cynant se descolgó por la abertura y puso los pies en el suelo de la bodega.

—Ahora tú —dijo.

Ella le siguió en el acto, ayudada por el joven, quien asimismo ayudó a Lawrence. Al terminar, Cynant arrastró un cajón hasta situarlo debajo de la abertura, se subió encima, retiró todas las tablas y luego colocó el revestimiento sobre el agujero.

—Pero no hay luz —dijo Tamara.

—Aguarda un momento, por favor —sonrió él.

Buscó el interruptor. Las tinieblas se disiparon en el acto.

Cynant examinó con ojo experto los cajones y fardos estibados en la bodega. De pronto, lanzó una exclamación de alegría:

—Bueno, tratándose de piratas, resulta lógico que dispongan de un magnífico arsenal.

CAPÍTULO XIII

Aquel cajón contenía varios fusiles y pistolas ametralladoras. Tamara dijo:

—Yo me encuentro más a gusto con un fusil, Mark.

—De acuerdo. ¿Y usted, doctor?

—Deme también un fusil —contestó Lawrence—. Al menos, haré ruido.

—Lo que no es poco —sonrió el joven—. Para mí, una buena pistola ametralladora. Mi puntería es pésima, pero la compensaré a base de ráfagas.

Encontraron también una caja con pistolas y otras con diversas clases de municiones, de las que se proveyeron en abundancia. Cynant lanzó un bufido:

—Este Zillotti no se priva de nada.

Momentos después, estaban armados y equipados.

Cynant se acercó a la puerta de la bodega.

—Por fortuna, no está cerrada con llave —murmuró—. Escuchen bien lo que voy a decirles. Cuando lleguemos a cubierta, ustedes se dirigirán al bote a motor y pondrán proa a la costa. Yo les alcanzaré más tarde.

—¿Qué piensas hacer, Mark? —preguntó ella, angustiada.

—Tengo algo que recoger en la goleta, no te preocupes— sonrió el joven.

Abrió la puerta y escuchó. Arriba no se escuchaba el menor sonido.

Lentamente, subió las escaleras y se asomó por la escotilla. Tamara y el doctor Lawrence le seguían en absoluto silencio.

Cynant divisó a ocho o diez pasos la silueta de un hombre

armado, que paseaba por cubierta. Dos de las tres lunas estaban en plenilunio y emitían una luz radiante que permitía ver sin dificultades,

Cynant hizo señales con la mano de que se quedasen en el mismo sitio. Salió a cubierta y caminó cautelosamente hacia el forajido.

En el último instante, el hombre pareció presentir algo, pero ya era tarde. Un puño, semejante a una maza, cayó sobre su nuca, fulminándolo.

El joven corrió hacia la escotilla.

Afuera, el paso está libre.

Tamara y el doctor salieron en el acto. Cynant les guió hasta donde se hallaba el bote, amarrado al costado de la embarcación. Sucesivamente, descendieron los tres por la escala de gato y al llegar abajo, Cynant dejó en el fondo su armamento y el del centinela, del que se había apoderado también.

Luego se quitó las botas y la camisa.

—Voy a la goleta —repitió—. Tamara, conduce al doctor al campamento. Espérenme allí los dos.

—Sí, pero todavía no me has dicho qué vas a hacer…

—Impedir la reacción de esos piratas —contestó él resueltamente.

Y sin más, pasó las piernas por la borda y se deslizó al agua en silencio.

—Vamos, Tamara —dijo—, pon en marcha el motor.

Tamara agarró el tirafrictor. El motor empezó a petardear satisfactoriamente al segundo intento. Cynant nadaba ya a largas brazadas hacia la «Pandora».

* * *

El ruido del motor despertó a Zillotti instantáneamente. Estaba vestido y se tiró de la litera en el acto.

—¿Qué pasa? —gritó desde la puerta de su cámara—. ¿Quién se lleva el bote? ¡Eh, Andrews, contéstame!

Andrews era el centinela y no contestó. Preocupado, Zillotti se puso el cinturón con la pistolera y corrió a cubierta.

Sus gritos habían alarmado a los restantes forajidos, que

comparecieron rápidamente. Zillotti divisó un cuerpo caído en el suelo y lanzó una blasfemia al comprender la verdad.

—A ver, ¿dónde está el centinela de la puerta de los prisioneros? —aulló.

El hombre subió a cubierta en el acto. Desde la borda, Zillotti pudo ver un bote que se alejaba rápidamente hacia la costa, situada a unos cincuenta metros de distancia.

—¡Maldición! —juró—. Pero ¿es que no has oído ningún ruido? —apostrofó al aturdido centinela.

—Capitán, yo no…

—¡Averigua inmediatamente si ha quedado alguno! Vosotros, estúpidos, arriad el otro bote.

Los forajidos empezaron a reaccionar. El centinela bajó a la cámara, abrió la puerta y vio la estancia vacía.

La atravesó rápidamente y entró en el cuarto de baño. De pronto, el suelo se hundió bajo sus pies y lanzó un agudo grito de terror.

Desde la cubierta, Zillotti oyó el grito y casi en el acto un tremendo golpazo. Descendió a la carrera y no tardó mucho en ver el hueco que había en el cuarto de baño.

Un rugido de rabia brotó de sus labios al comprender el medio empleado para la evasión. Del fondo de la bodega llegó un gemido lastimero:

—¡Ayúdeme, capitán! ¡Creo que tengo una pierna rota…!

—¡Muérete, bastardo! —contestó Zillotti brutalmente.

Y regresó a cubierta, en donde empezó a increpar a sus secuaces a grito pelado:

—¡Estúpidos! ¿Es que todavía estáis durmiendo? Pero ¿qué hace ese maldito bote todavía en la cubierta? ¡Vamos, abajo con él de una vez! El doctor se ha escapado y es el único que puede devolvemos a la Tierra.

* * *

Cautelosamente asomado a la borda, Cynant reconoció que había cometido dos errores: uno de ellos, permitir que Tamara pusiera en marcha el motor del bote, en lugar de hacerles ir a tierra a fuerza de remos.

El segundo error se derivaba en parte del primero y consistía en haber calculado mal la distancia entre ambos barcos. Era excesiva para sus propósitos.

La luz de las lunas le permitía ver con facilidad la escena que se producía a unos cincuenta metros de distancia. Al pie de la borda, tenía dispuestos un rifle, hallado en el armario de la goleta, y media docena de cartuchos de dinamita.

Ya había encendido un cigarrillo, aunque procuró mantener la brasa bajo la borda, asomando solamente los ojos. En aquel momento, los piratas estaban arriando el otro bote de motor.

Cynant prendió fuego a la mecha del primer cartucho. Comprobó que ardía bien y, poniéndose en pie de un salto, lo arrojó con todas sus fuerzas.

El bote ya estaba flotando. Ninguno de los piratas se dio cuenta de lo que sucedía hasta que se elevó del mar el primer chorro de espuma, tras un sonoro estampido.

Sonaron gritos de alarma. Cynant lanzó el segundo cartucho, esta vez algo más lejos, y el bote, después de la explosión, se balanceó peligrosamente.

Zillotti hervía de furor. Agarró su metralleta y disparó una larga ráfaga hacia la goleta, pero Cynant se había tendido ya sobre cubierta y las balas pasaron inofensivas sobre su cuerpo o se hundieron en la gruesa tablazón de la borda.

Cynant cambió de sitio, mientras se oía el crepitar de los rifles y las pistolas ametralladoras. Sin asomarse, lanzó el tercer cartucho, desconcertando unos instantes a los piratas.

En el bote, Zillotti rugía de furia. Sentíase irresoluto; no sabía si dirigirse a tierra o atacar al hombre de la goleta. De pronto, vio venir volando una estela de chispas.

Sonaron gritos de terror. La dinamita explotó a poca distancia del bote y lo volcó, lanzando al agua a su carga humana.

La embarcación quedó con la quilla al aire. Arrodillado tras la cubierta, Cynant disparó varios tiros, que perforaron el casco. Si los piratas trataban de volver el bote a su posición, se les hundiría y la reparación les costaría un tiempo que a él le resultaría muy útil.

Recargó el rifle y disparó una nueva andanada, que obligó a los forajidos a nadar para situarse al otro lado del «Pandora». Luego recogió una bolsa que había preparado con antelación, cruzó la

cubierta y saltó al agua por el costado de estribor.

Nadó con grandes precauciones, pero los piratas estaban demasiado entretenidos con su propia salvación para atacarle. Minutos más tarde, ponía pie en tierra sin ningún contratiempo.

* * *

Tamara le agarró por ambos brazos casi con desesperación, a la vez que le miraba ansiosamente.

—Si no hubieras vuelto… Oh, creo que no habría podido resistirlo —dijo, con acento cargado de pasión.

Cynant le acarició suavemente la cara.

—Pero estoy aquí —contestó—, aunque derrotado parcialmente.

—¿Por qué dices eso, Mark?

—Quería haber hundido el barco pirata, cariño.

—Me alegro de que no lo haya conseguido, capitán —terció Lawrence.

—¿Por qué, doctor? —preguntó el joven, extrañado—. Los piratas no habrían podido utilizar la goleta. Le quité una cuantas piezas al motor y ellos no saben manejar el velamen.

—Precisamente por eso mismo. Se habrían refugiado en tierra, lo cual nos habría causado serias incomodidades. Es preferible que sigan disponiendo de su barco, lo cual nos concede la oportunidad de que puedan marcharse de aquí.

—Eso significa que existe también la posibilidad de que quieran quedarse, doctor —intervino Tamara.

—Por desgracia, esa posibilidad existe mientras yo siga con vida.

—¿Por qué, doctor?

—Ellos creen que yo puedo devolverles a la Tierra.

—¿Y no es así? Usted, el autor de la famosa teoría…

—Hijita —sonrió Lawrence—, la teoría no es lo mismo que la práctica. Los griegos ya conocían la electricidad, pero, ¿supieron aprovecharla de un modo práctico? Simplemente, elaboraron una teoría empírica, pero de ahí no pasaron.

—Creo que le entiendo, doctor —dijo Cynant—. Usted, a base de sus estudios y observaciones, elaboró la teoría, la cual se ha comprobado como cierta. Lo que no sabe es cómo dominar sus efectos, mejor dicho, las fuerzas desconocidas que promueven el

traslado casi instantáneo de personas y objetos de un planeta a otro.

—Exactamente —confirmó Lawrence—. Desde muy antiguo también se conocía que el vapor de agua levantaba las tapaderas de las ollas, pero ¿cuántos siglos pasaron antes de que se construyese la primera máquina de vapor de utilidad práctica? No dudo que quizá, en un futuro remoto, puedan estudiarse a fondo los defectos de esta ruptura espacial y aprovechar de un modo práctico esos conocimientos.

—Para efectuar viajes interplanetarios y sin riesgo y en un tiempo mínimo —dijo Tamara.

—Exactamente. Sin embargo, en el estado actual de la ciencia y no digamos de mis conocimientos, llegar a ese punto deseado es una utopía. Debemos resignarnos a vivir aquí… y quizá un día podamos volver a la Tierra.

Tamara se abrazó con fuerza a Cynant.

—Creo que ése es un viaje para el cual yo no tendré demasiada prisa —sonrió.

—Yo tampoco tengo demasiadas prisas —manifestó Lawrence—. Hay aquí mucho campo para aprender cosas que nos son desconocidas. Incluso hay habitantes, lo que me confiere la posibilidad de estudiar su forma de vida y el estado actual de su civilización. Como médico, tengo bastantes nociones de antropología y ello me será muy útil más adelante.

—Se encontrará con una dificultad, doctor: el lenguaje.

—Oh, ése no es problema. Soy lingüista bastante bueno, modestia aparte.

—Vaya —resopló Cynant—, usted es una enciclopedia viviente.

—Bueno, hijo, la verdad es que siempre he tenido facilidad para los idiomas. Además, me era muy necesario conocer varias lenguas, para encontrar menos dificultades en mis estudios. Un científico que no sepa hablar, escribir y traducir correctamente varios idiomas no es digno de ese nombre.

—Creo que hemos hecho nuestra suerte al encontrarle a usted, doctor —sonrió Cynant.

—No hables tan alto, muchacho —dijo Lawrence—. Pueden oírte esos piratas… y ellos también quieren encontrarme, no lo olvides.

El «Tamara» estaba quieto, silencioso, sin una sola luz a bordo.

Pero mientras estuviese fondeando en la rada, constituiría una siniestra amenaza para aquellas tres personas.

CAPÍTULO XIV

—Podríamos intentar escondernos tierra adentro —sugirió Tamara.

Agazapado tras el parapeto de piedras y algunos troncos que Habían construido al pie de los farallones, Cynant hizo un signo negativo con la cabeza.

—No —contradijo—. No sería conveniente, por dos razones.

—Explícate, por favor —pidió ella.

—Primero, los nativos quedarían envueltos en un conflicto al que son ajenos. Debemos mantenerlos al margen de todo esto, ¿comprendes?

—Sí, Mark.

—Una postura muy razonable, capitán —aprobó Lawrence—. Pero continúe, por favor.

—Segundo, ellos quieren apoderarse del doctor. Vendrán, no sé cómo lo harán ni cuándo, pero vendrán. Es preciso un escarmiento fuerte, de modo que les quitemos para siempre las ganas de volver por aquí.

—Además, hemos de castigar la muerte del pobre John —dijo Tamara vehementemente—. Pudo tener sus defectos, pero ni al más criminal se le deja agonizar veinticuatro horas en el suelo, sin el socorro más elemental.

—De todas formas, mientras ellos están vivos, el problema subsistirá de un modo latente y estallará periódicamente. Quieren volver a la Tierra e insistirán una y otra vez en querer secuestrarme, para llevarme con ellos.

El doctor tenía razón, pensó Cynant. Por eso, en medio de todo, era una suerte que el «Tamara» continuase a flote. Zillotti y sus hombres acabarían por cansarse y levantarían anclas.

Pero un día volverían y tendrían que rechazarlos de nuevo. Sin

embargo, era mejor solución que tenerlos por vecinos, aunque fuesen desarmados. Nunca se acomodarían a vivir allí, estarían siempre ansiosos de tomarse el desquite…

Y un día, nos sorprenderían con la guardia bajada y nos asesinarían.

—¿Qué dices, Mark? —preguntó Tamara.

Asombrado, el joven se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Sonrió, mientras apretaba con fuerza la mano de Tamara.

—Nada, querida —contestó—. Sólo deseo que cuando llegue el momento, sepas demostrar una vez más tu buena puntería con el fusil,

—Ellos se me quedaron el «Special-World» —se lamentó Tamara.

—Para la distancia a que tienes que disparar, ese fusil es tan bueno como el otro —dijo Cynant.

El resto del día transcurrió sin la menor novedad, salvo que los forajidos estudiaban constantemente la posición con prismáticos. Cynant llegó a una conclusión:

—Si han de atacar, lo harán al amanecer —afirmó, seguro de sí mismo.

* * *

Tamara vigilaba junto al parapeto. El doctor dormía profundamente acurrucado en el suelo.

Una sombra se deslizó por el suelo y llegó a la posición Cynant se dejó caer al otro lado del parapeto y dijo:

—Atención, ya vienen.

—¿Cuántos, Mark?

—Todos. Una docena, Tamara.

—Pero… no comprendo, Mark. ¿Por qué necesitaba John tantos tripulantes? Con seis tenía más que suficiente…

—Si el barco hubiera sido destinado para viajes de recreo, claro, pero no olvides que tenían otros proyectos. Bueno, dejemos esto. ¿Ves bien los jalones?

—Perfectamente, Mark.

Cynant alistó su metralleta. Tamara asomó el fusil por encima del parapeto y apuntó a un cuadrado blanco, que se divisaba a unos

cincuenta metros de distancia, destacando claramente en la penumbra del amanecer.

Había cinco o seis más, esparcidos a la misma distancia y en semicírculo. De pronto, vieron alzarse ante ellos varias siluetas.

—Dispara ya, Tamara.

La joven hizo fuego. Un tremendo relámpago, seguido de una estruendosa detonación, se produjo inmediatamente a sesenta pasos. La bala había hecho explotar el cartucho de dinamita, hincado parcialmente en el suelo y señalado con un trozo de tela blanca.

Se oyeron gritos entre los bandidos. Tamara hizo fuego en rápida sucesión. Dos cuerpos saltaron de repente por los aires, destrozados, por un estallido demasiado cercano.

La metralleta de Cynant vomitaba ráfagas tras ráfaga. Arrodillado a junto a él, Lawrence disparaba su fusil con escasa efectividad, pero con mucho ruido.

Zillotti juraba y maldecía profusamente. Había perdido a cuatro de sus hombres y él mismo tenía un rasguño de bala en uno de los brazos.

—Vamos, estúpidos —increpó a los supervivientes—. La dinamita se les ha acabado…

Pero ninguno de sus secuaces se movió.

—Ahora ya no se trata solamente de dinamita, capitán —contestó uno de ellos—. Es de día, están bien parapetados y nos ven fácilmente. Tendremos que esperar a mejor ocasión.

—O largarnos de aquí —gruñó otro.

Zillotti bramaba de ira.

—Sólo son tres. Nosotros somos aún ocho. Podemos derrotarles fácilmente…

—¿Por qué no lo intenta usted, capitán? —preguntó un forajido sarcásticamente—. ¿Y si tienen más cartuchos de dinamita escondidos en el suelo?

Zillotti masculló una interjección. De pronto, lanzó un agudo grito:

—¡Capitán Cynant! ¡Le propongo un trato!

La voz llegó claramente al parapeto. Cynant contestó:

—No puede haber tratos con asesinos. Nos acordamos mucho del pobre John Perry.

—Le juro que seré sincero esta vez —insistió el pirata—. Les dejaremos libres a usted y a la chica. A cambio, deberán entregarnos al profesor.

—No siga hablando, Zillotti; está perdiendo el tiempo.

El pirata soltó una estentórea carcajada.

—De modo que quieren a Lawrence para ustedes, ¿verdad? Él les llevará a la Tierra… pero para eso necesitan la goleta y yo se la quemaré.

Tamara lanzó una exclamación de rabia.

—Quemar mi goleta…

—No importa —dijo él—. Si nos quedamos aquí, tarde o temprano tendremos que prescindir de ella y de lo que contiene. —Elevó la voz—: ¡Pueden hacer lo que gusten, Zillotti; nuestra postura no variará en absoluto!

—Nunca trataremos con ustedes —gritó Tamara—. No podemos pactar con unos forajidos.

Una salva de balas fue la respuesta. Tamara y Cynant se agacharon tras el parapeto.

El tiroteo se intensificó de repente. Cynant comprendió que parte de los piratas protegían el avance de sus compañeros y, al asomarse cautelosamente por uno de los costados, vio que dos o tres de ellos reptaban con gran lentitud por el suelo.

Lanzó un par de cartuchos de dinamita, pero ello no hizo sino retrasar el avance ligeramente. Cinco piratas enviaban hacia la posición un verdadero diluvio de balas.

Súbitamente, dejaron de oírse disparos. Extrañado, Cynant asomó la cabeza.

—¡Mira, Mark! —gritó Tamara—. Son Galik y sus amigos.

Varios centenares de hombres, armados con arcos, flechas y venablos, habían aparecido de pronto en las inmediaciones del campamento.

Zillotti los vio también. Era imposible luchar contra aquella masa de hombres. Podrían matar a muchos, pero acabarían sucumbiendo inexorablemente al número.

Para regresar al crucero, los piratas emplearon dos botes de goma, movidos a remo. Uno de los botes se separó de pronto y se dirigió hacia la goleta.

—¡Húndelo, Tamara! —pidió Cynant.

La joven tomó puntería cuidadosamente. Disparó y la bala atravesó la «salchicha», que empezó a deshincharse de inmediato.

Los piratas ganaron a nado el «Tamara». Momentos después, vieron levar el ancla.

El crucero maniobró para acercarse a la «Pandora».

—¡Tienes que impedirlo, Tamara! Dispara al puente —ordenó el joven.

Ella metió cuatro o cinco balas seguidas por las ventanillas del puente, obligando a los que se hallaban en su interior a tirarse al suelo. A pesar de todo, el «Tamara» continuó la maniobra.

De súbito, un pirata se puso en pie, llevando una antorcha encendida, hecha de trapos mojados en petróleo y sujetos al extremo de un largo palo. El forajido echó el brazo hacia atrás y en aquel momento llegó una bala y le atravesó el cuerpo.

La antorcha cayó sobre cubierta. Tamara la veía perfectamente y disparaba cada vez que un pirata quería arrastrarse para recogerla.

Lanzando terribles maldiciones, Zillotti ordenó dar marcha atrás. Cynant lanzó un suspiro de alivio cuando vio que el «Tamara» se alejaba de la goleta.

Los nativos habían contemplado la escena sin intervenir. Cuando Lawrence vio que el crucero viraba para ganar el mar abierto, dijo:

Bueno, creo que ya es hora de que entablemos relaciones con los nativos.

Cynant se mantuvo en el mismo sitio, desconfiando todavía de los piratas. De pronto, oyó a lo lejos un inmenso rugido.

—¡Tamara, doctor, miren!

Los aludidos se volvieron en el acto. Lawrence exclamó:

—¡La ruptura!

El fenómeno avanzaba con gran rapidez. Zillotti lo vio y ordenó virar para escapar a toda máquina.

—¡Estúpido! —le apostrofó Lawrence—. Lo que tienes que hacer es encararlo de proa, a motor parado.

Pero Zillotti, naturalmente, no le oía. A pesar de sus esfuerzos, el barco resultó prontamente alcanzado por la zona de ruptura.

El buque desapareció en el interior de aquel gigantesco vértice, cuyos bordes llegaron muy cerca de la playa. La banda de ruptura pasó con ruido atronador.

Tras ella se vio la catarata durante unos segundos.

El fenómeno se alejó a gran velocidad. Súbitamente, se oyó un agudísimo silbido,

Algo caía de las alturas. A unos quinientos metros de distancia de la costa, Cynant, Tamara y Lawrence vieron descender al «Tamara» con aterradora velocidad.

Dos o tres cuerpos humanos descendían junto al barco, cuya hélice giraba vertiginosamente en el vacío. El impacto se produjo con estrépito aterrador. Hubo una gran llamarada y el barco saltó por los aires en mil pedazos.

* * *

—Mira el doctor —dijo Tamara, riendo feliz— Ya ha pegado la hebra con Galik y unos cuantos de sus amigos.

—Antes de dos semanas, hablará perfectamente su lenguaje —vaticinó Cynant—, lo cual, como puedes comprender, nos resultará de gran utilidad.

Tamara asintió.

Lawrence ha conseguido deducir que quieren que nos establezcamos con ellos y que les ayudemos a fundar una ciudad —dijo ella—. Tienen memoria de la destrucción de aquella otra que encontramos en el desierto y desean vivir de un modo mejor y con mayores adelantos.

—Sobre toda, disponiendo de un buen médico —sonrió Cynant—. Menuda responsabilidad sería para mí, si no contásemos con Lawrence.

—Hay mucho que hacer en este planeta, en efecto —habló Tamara.

—Pero tenemos toda una vida por delante, ¿no te parece?

Tamara se dejó abrazar.

—¿No echarás de menos tu antigua existencia? —dudó él.

—No lo sé. Creo que no, pero ya te dije en cierta ocasión que tú me ayudarías en mis desfallecimientos. Además, ¿quién sabe?, quizá un día podamos volver a la Tierra.

—Es dudoso, pero en efecto, ¿quién sabe?

—De todas formas, donde tú estés, estaré yo, querido, y no me importa dónde sea con tal de tenerte a mi lado.

Cynant la besó suavemente. Delante de ellos, ardía un alegre

fuego.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.


HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.